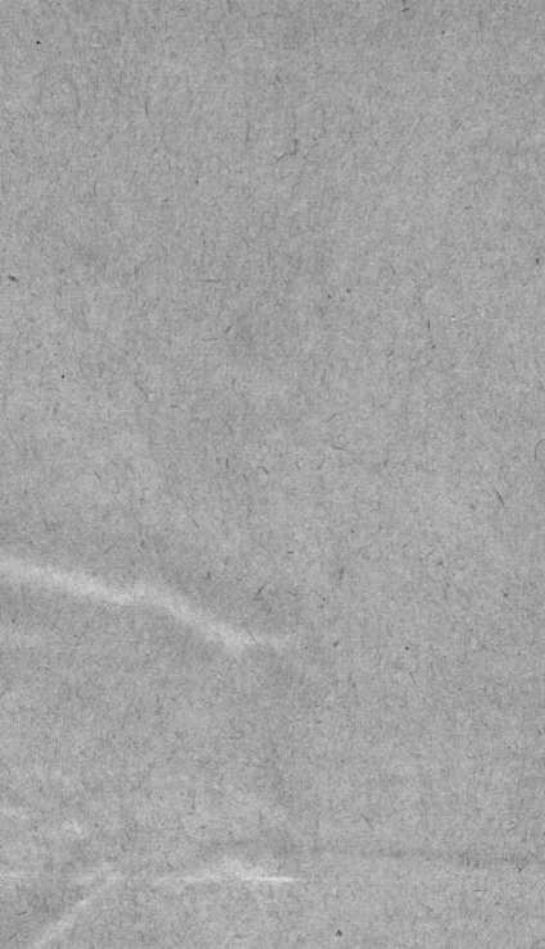


MA
L

BIBLIOTHECA
UNIVERSAL

3









BIBLIOTECA UNIVERSAL



BIBLIOTECA UNIVERSAL

COLECCIÓN DE LOS MEJORES AUTORES
ANTIGUOS Y MODERNOS, NACIONALES
Y EXTRANJEROS

—
TOMO CLXXIII
—

PERICIA GEOGRÁFICA DE MIGUEL DE CERVANTES

DEMOSTRADA CON LA HISTORIA DE

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

POR

D. FERMÍN CABALLERO



MADRID

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Sucesores de Hernando

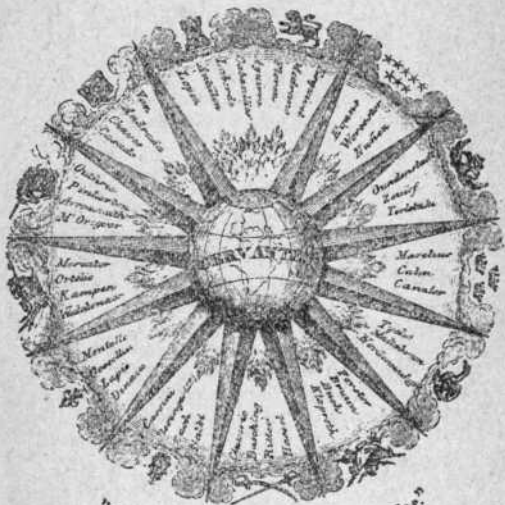
Calle del Arenal, 11.

—
1918

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

ocupando su puesto entre los geógrafos.

(Monumento literario de F. C.)



"Dónde vivirá luengos siglos."



A LOS LUGARES DESCRITOS POR CERVANTES

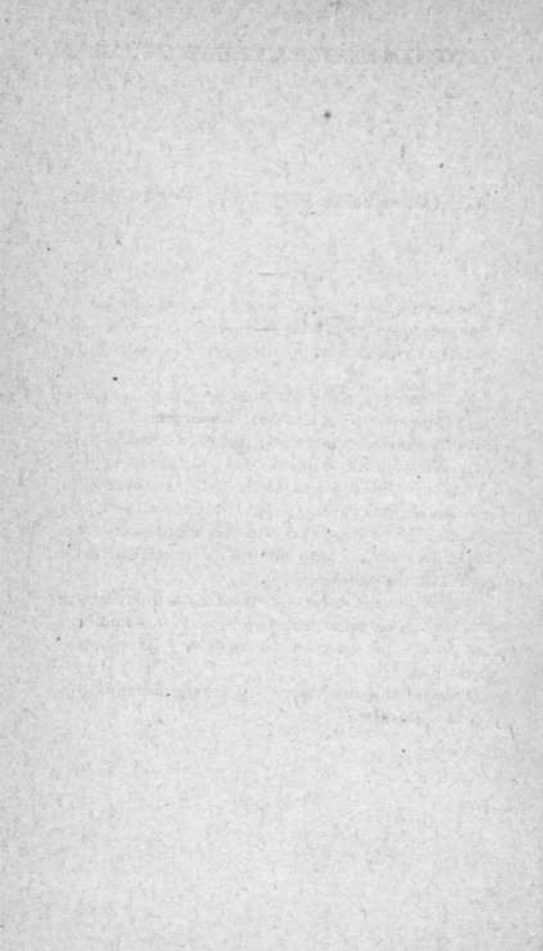
Bosquejando el elogio geográfico de MIGUEL DE CERVANTES, no hago más que justicia al autor del *Quijote*: a vosotros os presto un servicio muy especial.

Las descripciones y las noticias que de vosotros diera español tan esclarecido, desparramadas entre las no menores bellezas que presenta como fabulador, como moralista, como filósofo, como médico, no habían llamado hasta ahora toda la atención de que son dignas. De hoy más, el mundo entero, que es lector de *El Ingenioso Hidalgo*, fijará su consideración en vosotros para admirar la pericia historiográfica de mi paisano.

Ved si os hace dedicación bien digna quien excita a todas las naciones cultas y a todos los hombres que leen a que en vosotros reparen y de vosotros se ocupen.

Admitid este don de un apasionado a CERVANTES y a la Geografía.

F. C.

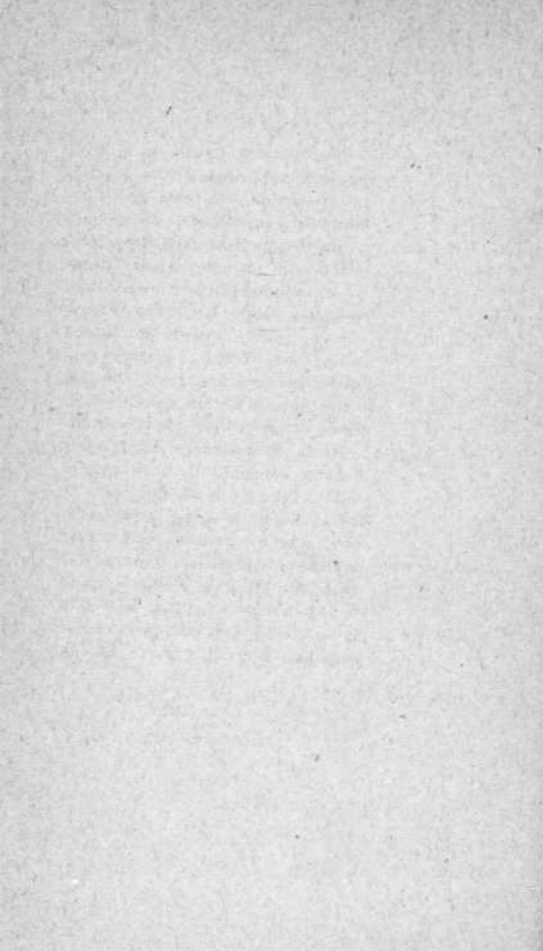


D. FERMÍN CABALLERO

Don Fermín Caballero escribe, en efecto, una prosa sólida, maciza, castellanísima... En esta época tumultuosa y procelosa de 1836; cuando un lirismo desenfrenado y farallesco invade nuestro solar literario; cuando los primeros románticos franceses, Hugo, Lamartine, Vigny, influyen poderosamente en nuestra prosa, como influye la oratoria parlamentaria de este período tan parlamentario, D. Fermín Caballero, lejos de dejarse llevar por la corriente, toma su substancia en la vieja realidad española. Hombre apasionado del campo, conocedor de todas las labores de la agricultura, labrador él mismo, a pesar de sus tráfigos políticos, la prosa de este escritor tiene todo el sabor, todo el encanto de una charla campesina, del relato de un labriego, con sus giros, voces y modismos creados por el pueblo.

«AZORÍN.»

(Lecturas españolas.)



D. FERMÍN CABALLERO

El 17 de julio de 1800 nació en Barajas de Melo, provincia de Cuenca, D. Fermín Caballero, cuya mayor celebridad — con haberse destacado tanto por su ciencia y por la facilidad y galanura de su pluma — fué la que adquirió por sus virtudes.

Sus padres, aunque dueños de escasa fortuna, no vacilaron, ante el despejo y la aplicación que desde luego descubrió, en darle una educación esmerada.

Una de las primeras muestras del genio delineador y activo de D. Fermín fué la baraja que hizo en 1812, imitando otra que tenía a la vista. Empezó por hacer los cartones engrudando papeles, prensándolos y

recortándolos, después de secos, a una medida. Luego pintó las caras y la labor de los reversos, valiéndose para los colores, de añil, azafrán y tinta, y sin otro pincel que una pluma de pato, y alguna de gallina para cosas menudas. Esta baraja la enseñaron y celebraron los padres de Caballero a todos los conocidos y huéspedes, y se jugó con ella en la tertulia de su casa.

Por el mismo año de 1812, el cura de Leganiel, D. Juan Antonio Domínguez, eclesiástico ilustrado, que más tarde fué canónigo de Cuenca y diputado a Cortes, construyó un trillo de su invención, con el auxilio del carretero y del herrero del lugar. Era un marco cuadrilongo, herrado por debajo, en el que jugaban dos cilindros dentados en la parte de delante, y un tercer eje de aspas para volver la parva, en la parte de atrás. El padre de Caballero, amigo del Sr. Domínguez y aficionado a novedades, fué a ver funcionar el trillo en las eras de Leganiel, y llevó en su compañía a su hijo, que, en las

pocas horas que vió la máquina y presenció su mecanismo en acción, se penetró de tal modo de su esencia y partes todas, que a los pocos días tenía hecho en Barajas un modelo exactísimo, del tamaño de un pie, con madera de cajas de cigarros y pinabete, fácil de labrar, y con aspas de alambre y cuchillas de hoja de lata, trabajado todo sin más herramientas que un cortaplumas, una lezna, unas tijeras y unos alicates. Ni la pieza más pequeña faltaba de las que tenía el original, como lo reconoció con asombro el Sr. Domínguez.

En Barajas aprendió D. Fermín las primeras letras, y en Valdecolmenas de Abajo y en Gascueña estudió Gramática latina. En el Seminario Conciliar de Cuenca hizo los estudios de Filosofía. Los primeros cursos de Teología los comenzó y llevó a cabo en la Universidad de Zaragoza, habiendo lucido en el aprendizaje de todas estas disciplinas una inteligencia clarísima y un excepcional aprovechamiento.

Su primera intención fué hacerse cura. Su natural era muy bondadoso, y así lo demostró con inolvidables obras. Llegó a recibir la primera tonsura y a predicar.

En 25 de septiembre de 1815, D. Ramón Falcón de Salcedo, obispo de Cuenca, del Consejo de S. M., asignó a D. Fermín, clérigo tonsurado, al servicio de la iglesia parroquial de Barajas de Melo, para que ayudara, de sobrepelliz, hábito clerical y corona abierta, a la misa conventual de todos los domingos y demás fiestas solemnes, con el especial oficio de cuidar del incensario, mudar el misal, darle las vinajeras al preste y asistirle a cuanto ocurriera durante la celebración del augusto sacrificio.

En 25 de febrero de 1818, el licenciado D. Manuel González de Villa, provisor y vicario general de Cuenca y su obispado e inquisidor apostólico honorario, dictó sentencia en el pleito que ante él pendía en aquella Audiencia episcopal, a instancia y pedimento de D. Fermín Caballero Mor-

gáez, representado por su procurador Manuel Camarón, declarando que la capellanía fundada en la parroquial de la villa de Uclés por D. Pablo Rodríguez, y que entonces se hallaba vacante, correspondía, tocaba y pertenecía a D. Fermín, a quien se la adjudicaba con sus bienes, frutos y rentas, para que la tuviese, gozase y poseyese por todos los días de su vida.

He aquí los sermones predicados por Caballero: «Plática sobre la muerte», en el Colegio de San Julián, de Cuenca, el 7 de abril de 1818; «Sermón de Dolores gloriosos», en la parroquial de Barajas de Melo, con manifiesto, el 20 de septiembre de 1818; «Sermón de San Antonio de Padua», en dicha iglesia de Barajas, el 13 de junio de 1819; «Sermón de Dolores», en Barajas, el 19 de septiembre de 1819; «Plática en la Comunión de los niños», en Barajas, el 3 de abril de 1820; «Sermón en la función sobre el restablecimiento de la Constitución de la Monarquía», en Barajas, el 19 de abril de

1820; «Sermón de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza», en Barajas, el 22 de mayo de 1820; «Sermón de Nuestra Señora de los Dolores», en Barajas, el 17 de septiembre de 1820; «Plática sobre el primer mandamiento», en la parroquia de Santa María, de Alcalá de Henares, el 18 de marzo de 1821; «Sermón de Ramos», en Santa María, de Alcalá de Henares, el 15 de abril de 1821.

Por el contenido doctrinal, por la unción y por la naturalidad del estilo, producen gran deleite estos sermones de D. Fermín Caballero. De su puño y letra se conservan muchos, con otros manuscritos suyos, casi todos inéditos. En estas piezas de elocuencia sagrada, que hemos tenido el placer de saborear y que debieran ver la luz, asoma ya el genial escritor que fué, desde los comienzos de su carrera literaria, D. Fermín, y por la cultura y la profundidad teológica, el investigador, crítico e ilustrador de la vida de Melchor Cano y de las de otros conguenses insignes.

Si D. Fermín Caballero hubiese terminado la carrera eclesiástica, quizás hubiera obtenido en ella triunfos que le llevaran a la posesión de dignidades altísimas. Sus sermones parece que nos quieren decir — hasta tal punto son primorosos y delicados — que él soñó con lograr esclarecida fama de predicador. Mas los tiempos en que estaba para acabar sus estudios, tiempos de libertad y hasta de exaltación demagógica, invitaban a la política. El ambiente influye en la vocación de los hombres.

Don Fermín, decidido a cambiar los hábitos talares por la toga, conmutó parte de las enseñanzas que tenía aprobadas por las jurídicas, y dió cima a éstas en la Universidad de Alcalá de Henares y en la de Madrid, en la que siguió, además, un curso de Botánica.

Siempre fué idéntica en el fondo la vocación de Caballero. Era un alma nacida para el ejercicio del bien. Los que variaron fueron los medios, los instrumentos culturales con que hacerla efectiva. ¿Qué más da el

Sacerdocio que la Abogacia, la Filosofía y la Teología que la Jurisprudencia, la Historia Natural, la Agricultura, la Literatura, etc., etc., cuando se poseen una inclinación y una fuerza irresistibles para ser virtuoso?

Tanto le entusiasmaba la ciencia geográfica, que cuando visitaba algún pueblo, su primer cuidado consistía en levantar el plano de su casco e inmediaciones.

Veintidós años tenía D. Fermín Caballero y ya desempeñaba la cátedra de Geografía y Cronología de la Universidad de Madrid. Era un muchacho y se había remontado a puestos de los más encumbrados del Magisterio oficial.

Si a los veintidós años descollaba Caballero en la ciencia de Strabón, a los veinticuatro le habían hecho célebre, como jurisconsulto, éxitos clamorosos conquistados patrocinando buenas y legítimas causas, porque D. Fermín era incapaz de practicar la abogacia sofisticadamente, como la han

practicado y la practican muchos, caiga quien caiga y aunque padezca la moralidad, con tal de no dejar de percibir el importe de la minuta.

Al querer actuar Caballero en política, se afilió al partido progresista, agrupación liberal, democrática, abnegada e ilusa hasta la candidez, pero que ya tenía en su historia áureas páginas, como la Constitución de 1812, la Revolución de 1820 y una larga serie de persecuciones, proscripciones y martirios.

Un hombre despierto, sabio, bueno y amante de su patria, ¿dónde había de militar en política, en aquella ocasión, sino en el progresismo?

No se hizo D. Fermín sacerdote eclesiástico, pero necesitaba del sacerdocio ciudadano. ¿Y podría ejercerlo poniéndose de parte de la tiranía?

Según era de esperar, ocupó elevados cargos públicos: oficial tercero-segundo del Consejo Real; jefe de Sección del Minis-

terio de la Gobernación; secretario de S. M., con ejercicio de decretos; oficial tercero-primerero del mismo Ministerio; alcalde de Madrid; dos veces ministro de la Gobernación; notario mayor de los reinos; individuo de la Comisión de división territorial; encargado de reformar el censo de población; adjunto al Ayuntamiento de Madrid para convertirlo en electivo; uno de los treinta y siete vocales parroquiales de Madrid; de la Comisión de listas electorales; de la de diezmos de la isla de Cuba; presidente de la facultativa del mapa de España y división territorial; miembro de la que examinó los papeles geográficos de Bauzá; de la del establecimiento de un Banco provincial; de la de venta de bienes del clero secular; de la enviada a la Exposición de París; presidente de la del arreglo de la contribución industrial y de comercio y de la de reforma de la Puerta del Sol; vocal de la de Estadística general del reino y de la de erección de catedral basílica en Madrid.

Como miliciano nacional, fué capitán de la primera compañía de Barajas de Melo; individuo honorario de la de cazadores de Requena; capitán de la cuarta del cuarto batallón de Madrid; teniente de cazadores del octavo batallón de Madrid, y subteniente de la cuarta del cuarto.

Como estadista se le debe, entre otros importantes proyectos, uno de Museo Histórico.

Como periodista rayó muy alto, habiendo sido redactor-jefe del *Boletín*, que mudó su denominación por la de *Eco del Comercio*.

Ni los trabajos y preocupaciones de Gobierno, ni las controversias y luchas políticas, fueron obstáculo para que Caballero se dedicara diligentemente y con resultado muy brillante a la ciencia y a la literatura.

El *Diccionario geográfico* de Miñano, plagado de errores, le sugirió, por los años de 1827 a 1830, los memorables folletos titulados *Corrección fraterna al Sr. Miñano*, en los que no se sabe qué admirar más, si

los conocimientos geográficos que en ellos revela D. Fermín, o la sutileza y la ironía con que pone en solfa al autor del *Diccionario*. La *Corrección fraterna* nada tenía de fraternal: era una sátira erudita, pero cruel, contra quien se había metido a boticario sin entender de hierbas. Los dónosos folletos consolidaron la fama de Caballero como geógrafo y como literato, y le proporcionaron muy buenos rendimientos pecuniarios, que fueron la base de su cuantiosa fortuna.

Tan pingües resultados de gloria y de ganancia le produjeron, que mandó construir una placa dorada para colocarla en la mesa sobre que los escribió, con una leyenda en que se hacía constar que sobre aquella mesa los había escrito. Guarda dicha placa D.^a Antonia Núñez, hija política de Caballero.

No menos lustre le proporcionaron otros dos folletos que publicó por aquella época: *El dique contra el torrente*, burlándose de D. Mariano Torrente, autor de un tratado

de *Geografía Universal*, en que reinaban los desatinos, y *La cordobaba*, ridiculizando las noticias que el diplomático D. Antonio López de Córdoba había suministrado a Miñano acerca de Turquía.

En 1836 escribió unas *Máximas de Agricultura para los labradores de Barajas*, dándoles saludables consejos para el cultivo de la tierra y combatiendo la manía de sembrar mucho y la enemiga a los árboles.

Por aquella fecha compuso un *Interrogatorio para la descripción de los pueblos*, trabajo que descubre lo amplio, progresivo y original de sus concepciones como geógrafo.

En 1840 dió a luz el bellissimo opúsculo *Pericia geográfica de Miguel de Cervantes*, de tanto mérito como labor literaria y de investigación, que de él se han hecho y agotado una porción de ediciones.

Hastiado D. Fermín Caballero de la política, no tardó en renunciar a ella. Conmueven, por su sinceridad y hermosura, las pá-

ginas, todavía inéditas, que escribió comparando los contubernios e inmoralidades de ciertas politiquerías con las delicias de la vida de los labriegos y los hortelanos, y poniendo por encima de las vanidades y satisfacciones de los cargos públicos, las dulzuras del cultivo de los campos y de los jardines. Caballero se siente más feliz plantando un rosal y cuidando de él, que siendo alcalde de Madrid o ministro de la Gobernación.

En 1862, la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas abrió un concurso para premiar la Memoria en que mejor se planteara, desarrollara y resolviera el tema del fomento de nuestra población rural. Y fué D. Fermín Caballero el laureado por aquel instituto. Su trabajo fué ensalzado por corporaciones doctas, por hombres de ciencia, por periódicos y revistas, en España y en el extranjero. No tiene menos lozanía y trascendencia que cuando se publicó por primera vez, y ha sido traducido a varios idiomas.

El 15 de marzo de 1863 ingresó Caballero en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, en la que sucedió a D. Nicomedes Pastor Díaz. A su discurso de entrada, que versó acerca de la perfectibilidad del hombre, y que debieran leer cuantos afirman que cualquiera tiempo pasado fué mejor, respondió, en nombre de la corporación, D. Laureano Figuerola, notable político y economista, que dijo, saludando y elogiando al nuevo académico: «También es el Sr. Caballero, como Pastor Díaz, escritor elocuente al par que profundo, y hombre de Gobierno, que ha señalado el buril del tiempo por su rectitud y alteza de miras. Lo castizo de su lenguaje, lo incisivo de su pluma, el carácter científico de sus estudios, la precisión de sus ideas, la dirección útil de sus investigaciones al procomunal y el conocimiento práctico y experimental que en el curso de su vida ha hecho de la gobernación y legislación del país en los más elevados cargos públicos, así como de

las minuciosidades, pequeñeces y nimiedades de la vida de aldea, observadas durante muchos años de retiro, han permitido al Sr. Caballero dar cima a notables trabajos, y entre ellos y sobre todos ellos, al que despertó su atención, excitada por esta Academia, cuando planteó el tema sobre la repoblación rural, que tan magistralmente ha venido el Sr. Caballero a resolver, como el problema agrícola de nuestros días, de la misma manera que Jovellanos, al principiar el siglo, determinó el de aquella época escribiendo el *Informe sobre la Ley Agraria.*»

Don Fermín fué también individuo de número de la Sociedad Económica Matritense, de la Comisión de Código rural, de la Academia de Ciencias Morales de Madrid, archivero-bibliotecario y académico de honor de ella, individuo de la Sociedad de Amigos del País de Logroño, de la Academia de Emulación de Ciencias Médicas de Madrid, de la Sociedad Económica de Cuenca, de la de Arqueología Española, de la de Filomá-

tica de Barcelona, socio del Ateneo Mejicano, correspondiente e individuo de número de la Academia de la Historia y socio de la Academia Real de Ciencias de Lisboa y de la de Maestros de esta corte.

En 22 de octubre de 1864, el Ayuntamiento de Cuenca acordó poner el retrato de Caballero en las Salas Consistoriales : «La provincia de Cuenca, que se enorgullece de tener entre sus hijos uno tan beneficiado por la Providencia que le coloca entre las primeras notabilidades de la nación, no puede menos de tributarle las mayores muestras de admiración y cariño, y la ciudad de Cuenca, por cuyas mejoras materiales ha manifestado siempre el Sr. Caballero el más decidido interés, estaba en el caso de acordar que a su costa se adquiriera un buen retrato de este grande hombre y se coloque en las Salas Consistoriales. El Ayuntamiento, que oyó con la mayor satisfacción cuanto dejó manifestado el señor presidente y que tiene recibidas las pruebas más indudables

del interés y patriotismo de que se halla animado el Excmo. Sr. D. Fermín Caballero por esta capital y por su provincia, acordó unánimemente que, de conformidad con lo propuesto y de justa gratitud y reconocimiento, se adquiriera y coloque un buen retrato de este eminente hombre en las Casas Consistoriales.»

Caballero escribió las vidas de algunos conquenses ilustres, como la del abate Hervás, la de Melchor Cano, la de Alonso Díaz de Montalvo, las de Alonso y Juan de Valdés, la de D. Vicente Asuero y otras, habiéndole sobrevenido la muerte cuando tenía en preparación la del Dr. Constantino Lafuente y la del romántico, heroico e infortunado capitán, descubridor y conquistador Alonso de Ojeda, hijo de linajuda familia de Cuenca, que, ávido de aventuras y de oro, acompañó a Colón en su segundo viaje al Nuevo Mundo, donde rápidamente se distinguió por su carácter emprendedor y por su valor temerario.

Don Fermín no era de los que se contentan con sondeos superficiales, «ni de los que cejan en formales propósitos hasta agotar todos los medios de investigación». Baste con aducir, para demostrarlo, que para escribir su libro acerca de la vida y las producciones científicas y literarias del abate Hervás y Panduro, tuvo presentes y estudió a conciencia todas las obras impresas de Hervás, así italianas como españolas; el gran número de obras manuscritas que existen y noticia de las que no parecen; la correspondencia original que el abate tuvo con sus parientes y deudos, y cartas que recibió de amigos y corresponsales; el excelente retrato al óleo que le hicieron en Roma, y el grabado en lámina de cobre para acompañar a sus obras; los libros de las auténticas de reliquias y breves del oratorio, de las visitas eclesiásticas y otros documentos familiares; cuantas noticias pudo recabar, orales o escritas, de deudos y paisanos, y las sacadas de autores coetáneos,

de historiadores, biógrafos, bibliófilos y filólogos nacionales o extranjeros.

Un hombre tan inteligente y estudioso como Caballero debía tener muchos libros, porque su posición económica era muy desahogada. Tuvo, en efecto, una biblioteca hermosísima y rica por la calidad y por el número de sus volúmenes. Tan opulenta librería, que alcanzó celebridad y que sigue teniéndola aun después de exprimida por insaciables mercaderes, fué cantada por los poetas. Don Severo Catalina, amigo íntimo de D. Fermín, estuvo en Barajas en 1849, y allí le dedicó, el 26 de diciembre de aquel año, el siguiente soneto :

A LA BIBLIOTECA DEL EXCMO. SR. D. FERMÍN CABALLERO

DESPEDIDA

Salve, tesoro de brillantes perlas.
Salve, ¡oh mansión de la sabiduría!
Si tus bellezas ignoré algún día,
hoy el sino me trae a conocerlas.

Mas, ¡ay!, que al ir gozoso a poseerlas,
al ir las a tocar..., con mano impía,
inexorable me arrebató y guíó
adonde ni el solaz tengo de verlas.

Tan sólo puedo en el postrer instante,
templo augusto, de Urania presidido,
postrarme ante tus aras vacilante,
y a Dios mis votos dirigir, rendido,
por aquel que en tu seno, tan constante,
obras de admiración ha producido.

Tres meses antes de su muerte, ocurrida en Madrid en 1876, D. Fermín fué nombrado primer presidente de la Sociedad Geográfica.

Además de sabio, político y escritor en grado eximio, fué protegido de las musas. Casi todas las poesías que escribió se conservan entre sus manuscritos, y en ellas no son raras las composiciones de sabor anticlerical.

Difundiendo ideas y haciendo obras caritativas pasó sus largos días.

Adquirió los bienes del clero de Barajas de Melo, y los repartió entre sesenta y seis familias pobres de la localidad.

Sufragó los gastos de educación de muchos niños de los matrimonios más menesterosos y honrados de su pueblo natal.

Legó a la Academia de la Historia una parte de su fortuna para la institución y dotación de dos premios, que desde entonces viene adjudicando anualmente, uno a la virtud y otro al talento.

La vida de D. Fermín Caballero, que hemos esbozado someramente, fué, como dice uno de sus biógrafos, D. Cayetano Rosell, «una abnegación completa de sí mismo, una gloria para las letras, una dicha para sus amigos y un ejemplo para sus admiradores; su muerte ha sido un día de luto para la virtud y una dolorosa pérdida para la patria».

MODESTO PÉREZ.

PERICIA GEOGRÁFICA DE MIGUEL DE CERVANTES



Probar con todas las obras de Miguel de Cervantes Saavedra que este coloso de los hombres de ingenio fué perito en las ciencias geográficas, sería tarea tan liviana y mezquina, que no argüiría en su panegirista un objeto plausible y digno, porque el desempeñarlo a fuerza de tanta copia de datos, ni honraría bastante la buena memoria del escritor más celebrado, ni debería envanecer al sustentante de la nueva tesis. Bastaban los *Trabajos de Persiles y Sigismunda* para evidenciar a poca costa los conocimientos generales y especiales del autor en esta materia, y sobraban las *Novelas ejemplares* para convencer al más rudo, de que

no pudieron escribirse sin estar muy familiarizado con los usos, costumbres y carácter de los pueblos citados de propósito o por incidencia.

Dentro de un círculo más estrecho puede sacarse airoso a Cervantes como geógrafo. Su inmortal libro de *El Ingenioso Hidalgo*, encomiado por todos los sabios del orbe culto, y vulgarizado en todas las lenguas vivas de Europa, ofrece testimonios sobreabundantes de que nuestro alcalaíno era versado en la Geografía Universal, en la corografía de diferentes Estados, y aun en la topografía de países propios y extraños. Esta obra gigantesca, deleite de todas las edades y comprensiones, pozo insondable de sabiduría, prodigio de la imaginación y sin par entre las producciones de su especie, merece bien un nuevo examen en gloria de su autor, que es gloria de nuestra España.

Literatos de primera nota han hecho ya anatomía de tan precioso libro, considerán-

dole bajo diferentes aspectos y en varias relaciones. Ríos hizo su *análisis*; Eximeno, su *apología*; Arrieta extrajo su *espíritu*; Pellicer le ilustró con *anotaciones*; Rementeria le puso en *diccionario*; Clemencín se afanó en un prolijo *comentario*, y otros muchos escritores nacionales y extranjeros se ocuparon en entenderlo y explicarlo con más o menos acierto. Don Antonio Hernández Morejón, celoso escudriñador de cuanto pudiera realzar nuestra literatura antropológica, descubrió últimamente en el *Quijote* «bellezas de medicina práctica», a las que van a añadirse ahora las que presenta en los diferentes ramos de la Geografía; que todo cuanto tiene relación con el libro por excelencia es asunto digno de españoles castizos y objeto de entusiasmo para los que idolatran las glorias nacionales.

El más severo, y no pocas veces injusto, glosador de la historia de D. Quijote, si bien acusa a Cervantes de incorrecciones y extranjerismos en la dicción, y de muchos y

graves anacronismos, así en la serie de la fábula como en los sucesos que con ella enlaza, no ha podido negarle este tributo de aprecio: «Más indulgencia (respeto debió decir) merece el *Quijote* en la parte geográfica. Los reparos que pudieran oponérsele en este punto son de corta importancia, y desaparecen ante los resplandores de mayores bellezas» (1). Todavía es pequeña esta confesión; el renombre de Miguel de Cervantes como autor del *Quijote*, y el orgullo de los españoles al verle dignamente colocado entre los primeros escritores del mundo, convidan a que se le dispense todo el honor posible, sin escatimarlo ni en un solo ápice, antes bien, acrecentado y enca-recido.

(1) CLEMENCÍN, prólogo de su *Comentario*, pág. 31. En otro lugar demostraremos que los cortos reparos de Clemencín en la geografía del *Quijote* no son reparos, sino dislates del glosador.

Estas consideraciones y la observación nueva de que los estudios geográficos sobresalen en el libro de Cervantes, sin duda porque fueron los más compatibles con su vida inquieta y afanosa carrera, nos han determinado a inscribirle con justo título en el catálogo de los geógrafos. El que raye más allá en este punto, prez ganará en aventajarnos, y le loaremos por ello; el que se quede atrás, con nosotros será en batalla.

No se crea que conduce a nuestro propósito el empeñarse en descubrir, paso por paso, el itinerario del hidalgo manchego en cada una de sus tres salidas, ni el determinar cronológicamente lo que dura la acción de la fábula, ajustando por horas las jornadas, para concordar el tiempo y el camino. Cervantes fingió una historia con un fin moral muy diferente del que se propone un viajero, y sería impertinente, a la par que imposible, someter su obra al examen riguroso de la Cronografía. ¿A qué pedir tanta estrechez en una obra fantástica, cuando él mis-

mo, por boca de su mentor, protesta en el prefacio que no reconoce los cánones restrictivos como legislación de su libro? «Ni caen — dice — bajo la cuenta de sus fabulosos disparatés las puntualidades de la verdad, *ni las observaciones de la Astrología, ni le son de importancia las medidas geométricas.*»

Es evidente que no siempre se propuso marcar las situaciones de su héroe, que huyó otras veces a propósito de señalar lugares, que encubrió algunos someramente para excitar la curiosidad del lector a descubrirlos, y que dejó vacíos en la serie de la narración, por descuido o con cuidado, que en vano quisiera hoy suplir la pluma más gallarda ni el más perspicaz ingenio. Otras señales y alusiones que darían a conocer muchos parajes a los coetáneos las ha borrado o desfigurado la injuria del tiempo, y nuestra vista no alcanza ya a distinguirlas al través de los siglos y de las revoluciones del Globo, bajo cuyo peso se sepultan los

más fuertes imperios y los más sólidos monumentos.

Sin acudir a investigaciones tan difíciles puede demostrarse la aseveración que sirve de tema a este opúsculo. Recójense las descripciones positivas que encierra el *Quijote*; examínense las frases y períodos geográficos en él contenidos, y de la comparación metódica y análisis crítico de todos estos pasajes resultará evidenciado que si Cervantes supo captarse el aprecio universal como escritor insigne en tantos conceptos, no se mostró en Geografía menos aventajado, menos feliz, menos brillante. Y como la trabazón de las ideas e ilación de los raciocinios se comprende y explica mejor estableciendo un orden, parece natural seguir el que marcan estas proposiciones:

Cervantes debía ser geógrafo:

- I. Por su organización física.
Por sus largos viajes.
Por el plan de su obra maestra.

Y acreditó serlo:

- II. En la elección de teatro para las hazañas de su héroe.
En indicar lugares que describe y no nombra.
- III. En enunciar principios de Geografía matemática y natural; y
- IV. En dar a conocer la topografía, las costumbres y particularidades de muchas gentes y pueblos.

Vengamos a las pruebas, y nuestro triunfo será completo en la proclamación del geógrafo complutense.

Si hemos de fiar en las observaciones de los más acreditados frenologistas, la organización cerebral de Miguel de Cervantes era muy acomodada para la ciencia geográfica. Examinando cuidadosamente sus mejores retratos y bustos, es fácil notar en la estructura huesosa de su cráneo cuán pronunciado tenía el órgano de las localidades; y leyendo sus escritos se palpa la correspondencia íntima de esta disposición orgánica con sus inclinaciones y conocimientos.

De cuantas personas figuran en el drama del *Quijote*, apenas se ve una que, al dar cuenta de sí a otros interlocutores, no em-

piece por expresar el lugar de su nacimiento u origen. *Florenxia* es la primera palabra que pronuncia el autor de la novela del curioso impertinente; el cautivo dice desde luego que desciende de *un lugar de las montañas de León*; el bachiller Alonso López era natural de *Alcobendas*; el médico Pedro Recio, del lugar de *Tirteafuera*; el labrador que demanda justicia al gobernador de Barataria se anuncia natural de *Miguelturra*; la dueña D.^a Rodríguez se dice oriunda de las *Asturias de Oviedo*; una de las mozas del partido (1) procedía de *Toledo* y otra de *Antequera*; como *vizcaíno* se presenta el secretario de Sancho; Cardenio y Dorotea comienzan haciendo alarde de *andaluces*; al mamarrachista Orbaneja le

(1) Este era el nombre legal de las ramerías en aquellos tiempos, como lo demuestra el pregón del rey D. Juan II sobre el distintivo que deben llevar las mujeres del partido.

dice pintor de *Úbeda*; ¿no hay en estos y otros casos semejantes conocida propensión a determinar localidades?

La instrucción práctica que dan los viajes por la inspección ocular del terreno y por la comparación de las varias costumbres y genio de los pueblos, vino a enriquecer los conocimientos geográficos de Miguel de Cervantes. Dentro de la Península frecuentó los estudios de *Alcalá*, *Madrid* y *Salamanca* durante su educación; casado en *Esquivias*, residió largas temporadas entre los madrileños; nombrado comisario de los proveedores generales de las armadas y flotas de Indias en Andalucía, visitó la mayor parte de los pueblos notables de los reinos de *Sevilla*, *Jaén* y *Córdoba*; también recorrió casi todo el reino de *Granada*, comisionado para recaudar alcabalas y tercias reales; parece que estuvo asimismo en varios pueblos del priorato de San Juan, en la *Mancha*, con comisiones sobre diezmos y salitres; residió en la corte de *Valladolid*, y

la siguió en su traslación a Madrid, haciendo diferentes viajes de uno a otro punto, y desde este último al de Sevilla, en los que estuvo preso, y atravesó el reino de *Valencia* y principado de *Cataluña*, acompañando al cardenal Julio Acuaviva a su regreso para Roma.

Con este personaje fué a *Italia*, cruzando las provincias meridionales de *Francia*, el *Genovesado*, *Luca*, la *Toscana* y los *Estados Pontificios*. Dedicado en *Nápoles* a la carrera militar, fué a las gloriosas expediciones de *Lepanto* y *Navarino*, recorriendo a *Mesina*, *Corfú*, *Petela* y otras ciudades y puertos de Levante. También se halló en la famosa empresa de *Túnez* y la *Goleta*; estuvo de guarnición en la isla de *Cerdeña*, enfermó en la de *Sicilia*, y en estas y otras peregrinaciones hubo de recorrer toda la *Italia* hasta *Milán* y *Venecia*.

Al regregar a España desde *Nápoles*, fué cautivado por los galeotes que capitaneaba *Arnaute Mamí*, y conducido a *Argel*, en

cuyos baños y mazmorras estuvo hasta su rescate. Vuelto a España se incorporó al ejército de *Portugal*, desde donde hizo dos expediciones a las islas *Terceras*. Últimamente fué enviado de la corte con pliegos a la plaza de *Orán*, completando de este modo sus travesías por diferentes puntos del *Mediterráneo*, a más de las que tenía hechas en el *Océano Atlántico*.

Un hombre del despejo y capacidad de Cervantes era natural que aprendiese mucho en tantas navegaciones y viajes; y sus escritos están publicando que no perdió el tiempo en ellos, según que se penetró de la topografía y circunstancias de los lugares, y de las condiciones, usos y régimen de sus habitantes.

Ni podía emprenderse, ni menos desempeñarse debidamente, el plan del *Quijote* sin profesar las materias geográficas. El fin ostensible de la obra fué ridiculizar y corregir la desenfrenada, a la par que nociva, afición a la lectura de los libros de caballerías;

y como uno de los defectos comunes en tales novelas era la multitud de errores en la historia y geografía de las naciones, se requería que el censor, para merecer este título, acreditase su inteligencia. Mal pudiera enmendar yerros ajenos en Geografía quien fuese peregrino en la facultad.

Así es que desde el prólogo de la primera parte empieza Cervantes a hacer una fina sátira de los geógrafos a la violeta, que afectan erudición con citas impertinentes de objetos notables; y entre los consejos que finge recibir de su amigo se halla el siguiente: «Para mostraros hombre erudito en letras humanas y *cosmógrafo*, haced de modo como en vuestra historia se nombre el río *Tajo*.» Y para llevar el ridículo sobre los glosadores nimios y afectados, añade que no faltará anotador que ponga a este pasaje un comentario que diga: «El río Tajo fué así dicho por un rey de las Españas; tiene su nacimiento en tal lugar, y muere en el mar Océano besando los muros

de la famosa ciudad de Lisboa, y es opinión que tiene las arenas de oro.» El sarcasmo que vierte aquí Cervantes sobre la cita violenta del Tajo y sobre la glosa pedantesca, acaso, acaso alcance a algunos de los proliferos comentadores de su libro de oro.

Pero lo que más evidencia que el autor del *Quijote* conocía los desatinos geográficohistóricos de las obras caballerescas, y que los lamentaba, es las sabrosas e instructivas controversias que introduce entre el cura de la aldea y el canónigo de Toledo, en las que, amén de otros males de semejantes libros, se hace notar éste muy especialmente; y claro es que quien conocía el daño y deseaba cortarlo, había de estar bien preparado con el remedio: con el saber sólido, la ciencia verdadera.

II

La primera reflexión que ocurre al contemplar el tino geográfico de Cervantes, nace del que tuvo en elegir el teatro para las extraordinarias hazañas de su héroe. Éste iba en busca de vestiglos, endriagos, gigantes, jayanes y malandrines; quería favorecer a doncellas menesterosas errantes o robadas, a viudas desvalidas, a oprimidos y forzados; codiciaba ocasiones de desfacer entuertos y agravios y de contener los maleficios de follones y nigromantes, y había de valerse para sus proezas estupendas de barcos y de castillos encantados. Pues los

lugares más achacosos y en acomodo para tales aventuras eran sin disputa los despoblados, las ventas, las florestas, las cavernas de los montes, las gargantas o pasos de las sierras, las encrucijadas y las solitarias playas del mar.

Por eso en la fingida historia se lleva al caballero andante por los desiertos páramos y por las travesías del camino real manchego, donde los cuadrilleros de la Santa Hermandad le califican de salteador *de sendas y de carreras*; prueba de que así andaba por los caminos de herradura como por los carreteros. Llévasele a las ventas de Puerto Lápiche, que con razón se llama *lugar muy pasajero*, como punto de comunicación que era entre la España septentrional y la meridional, y muy señaladamente entre la entonces floreciente Toledo y los puertos del Mediterráneo. Se le dirige, en fin, a las entrañas de Sierra Morena, guarida perenne de malhechores, hasta que disminuyó su soledad el establecimiento de las nuevas po-

blaciones. ¿No eran todos estos sitios muy a propósito para deshacer agravios y amparar a desvalidos?

Igualmente atinado se mostró Cervantes en la ruta que trazó a D. Quijote para ir desde la Mancha a Aragón, y para volver desde aquel reino a su país natal. Verdad es que no dejó marcados muchos puntos de este itinerario, o más bien, que los desconocemos al cabo de dos largos siglos; pero bastan las investigaciones hechas por la Academia Española, por Pellicer y otros curiosos, para persuadirse de que el caballero de la Triste Figura fué al Ebro por las sierras de Cuenca y Albarracín, cruzando los pinares de Almodóvar, la tierra de Cañete y el campo de Cariñena, y de que a su regreso tomó más al Occidente por la comunidad de Calatayud, señorío de Molina, tierra de Beteta y ribera del Gigüela.

Caminos eran éstos tan excusados y románticos, que con razón los prefirió el ingenioso hidalgo a la clásica y ordinaria carre-

tera de Sevilla, por donde quisieron llevarle Vivaldo y los otros caminantes; trochas eran tan propias de gente aventurera, que aun en nuestros días han servido de vereda a los facciosos para mantener constante comunicación entre el Bajo Aragón y la Mancha. Al considerar a D. Quijote como precursor de los correos carlinos, o a éstos como proseguidores de las vías quijotescas, forzoso es confesar que Cervantes sabía desde su bufete la topografía del país tan bien y tan cumplidamente como los prácticos Palillos y Masenas.

Por más que falten los nombres de muchos parajes por donde nuestro autor hace discurrir a su protagonista, parece indudable que procedió con plan geográfico, pues hasta en sus ficciones se ven mezcladas realidades o cosas muy verosímiles. En la relación del viaje es cierto que se echan de menos trozos de camino y puntos intermedios (vacío comunísimo en los itinerarios y derroteros); pero además de los sitios ex-

presamente marcados, se deducen otros que, si no los cita por sus títulos, los designa por sus circunstancias. Y eso que al cabo de tanto tiempo se han alterado las cosas y se ha perdido la clave de mil alusiones que nos revelarían otros lugares dudosos o desconocidos. Si el empeño que los sabios modernos han tomado en escudriñar hasta el último pensamiento del *Quijote* lo hubieran tenido sus contemporáneos, grande fuera la luz derramada sobre las lagunas y obscuridades que ahora aparecen en tan singular historia. Sin embargo, no ha dejado de adelantarse en la explicación de localidades, que son muy notables en el teatro romancesco del asendereado caballero.

La patria de D. Quijote fué objeto de gran misterio para Cervantes, pues ya le oímos decir que *ni aun de su nombre quería acordarse*; ya nos explica, como causa de este silencio, que quería *dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen*

entre sí para prohijárselo (1). Mas puede decirse, ya averiguado, que el lugar encu-

(1) Lejos estaría Cervantes de pensar que la contienda sobre el lugar de su propio nacimiento había de ser más reñida que la suscitada por él al encubrir la patria de D. Quijote. Ocho poblaciones se han disputado la gloria de ser la cuna de tan privilegiada criatura: Madrid, Toledo, Sevilla, Lucena, Alcázar de San Juan, Consuegra, Esquivias y Alcalá de Henares, y no hace muchos años que esta última ha obtenido la palma de la victoria. Buen contraste hace la modestia de Cervantes, no diciendo su patria en alguno de sus muchos escritos, con el pujo que otros muestran por dar celebridad a los pueblos llamándose sus hijos. Recordamos con este motivo al P. Fr. Melchor de Huélamo, que en sus *Discursos predicables*, impresos en 1601 y 1605, trae más de una vez por los cabellos, o por los tejados, la villa de *Tarancón*, sin más objeto que añadir en seguida este paréntesis: (*pueblo en que yo nací*), para que los fieles no se devanasen los sesos en inquirir la oriundez de quien desde el púlpito les hablaba.

bierto era *Argamasilla de Alba* o *Lugar Nuevo*, como lo persuaden las siguientes pruebas:

- 1.^a La constante tradición de que Cervantes estuvo allí preso en la casa titulada de Medrano. —
- 2.^a El hecho de haber tenido el pueblo, a fines del siglo XVI, comisiones de apremio sobre diezmos y salitres, que ocasionaron pendencies y prisiones. —
- 3.^a Cervantes dice que su libro fué concebido *en una cárcel*, y sabemos que su mala fortuna y falta de medios le hicieron ocuparse en comisiones de esta naturaleza. —
- 4.^a Según la carta de la duquesa a Teresa Panza, había en el lugar *bellotas gordas*, y las ha habido y hay muy buenas en Argamasilla. —
- 5.^a En la primera salida de don Quijote vemos que, apenas subió a caballo, comenzó a caminar por el campo de Mon-

A ser tan cándido Cervantes, no habríamos estado dos siglos sin apurar dónde naciera; pero entonces importaría menos la noticia.

tiel, al cual corresponde Argamasilla. — 6.^a El paje portador de la carta, antes de entrar en el pueblo encontró varias mujeres lavando *en un arroyo*, cosa no muy común en lugares de la Mancha, y por medio de Argamasilla atraviesa *el caz* sacado del Guadiana. — 7.^a Los académicos de este pueblo, que hace poetizar el autor en vida y muerte de D. Quijote, algo y aun algunos significan. — 8.^a Las referencias de cercanía a la cueva de Montesinos, al Toboso, a Puerto Lápiche y otros puntos, aunque no vengan ajustadas a rigurosa escala, porque había empeño en disimular, bien testifican que se rondaba por el perímetro inmenso del antiguo término de Argamasilla. — 9.^a Y sobre todo, el haber dedicado su libro seudo *Quijote* el supuesto Avellaneda, rival y contemporáneo de Cervantes, *al alcalde, regidores e hidalgos de la Argamasilla*, completa la evidencia de que éste y no otro fué el lugar olvidado. ¿Qué cosa más conforme que hacer al protagonista de una fá-

bula natural del pueblo en que tuvo origen y cima el plan de la obra? Por eso es sin duda que D. Quijote, al cabo de sus muchas locuras, viene a morir a su aldea.

El sitio elegido para que el amartelado caballero hiciese penitencia por su idolatrada Dulcinea no aparece designado sino con la expresión vaga de *corazón y entrañas de Sierra Morena*; pero confrontando circunstancias y dichos viene a deducirse que fué al norte de la Carolina, hacia el nacimiento del pequeño río Magaña. En efecto: el paraje en cuestión estaba en la falda meridional de la sierra, o *aguas vertientes a Andalucía*; y estas circunstancias cuadran a las fuentes del Magaña, que corren en aquella dirección hasta el Guadalquivir. Distaba el sitio penitencial *ocho leguas de la villa de Almodóvar del Campo*, y hallábase *a más de treinta leguas de la del Toboso* (1), y en

(1) Clemencín, que tan inexorable se muestra con Cervantes, comete aquí un

la intersección de éstas dos líneas hallamos justamente el origen del Magaña. Coinciden además con este sitio las *tres jornadas* que hizo Cardenio desde Córdoba; el tener que cruzarse el *camino real* para venir desde él al Toboso; el *encuentro* de Sancho con su cura y barbero; el fingimiento de éstos de

error que no merece disculpa en quien se preciaba de crítico y de geógrafo. Califica sin razón de *exagerada* la distancia de más de treinta leguas al Toboso, suponiendo que el lugar de la penitencia fué el nacimiento del *Guadalén*, que se halla término de Almedina, en la sierra de Alcaraz, unas veinte leguas al este del sitio verdadero. ¿Cómo ajustar la opinión errada de Clemencín con las repetidas aseveraciones del historiador? Si caballero y escudero atravesaron la sierra con designio de *salir al Viso o Almodóvar*; si caminando por los rumbos O. y NO. atravesaron el *camino real* cuando los galeotes; si le repasó Sancho viniendo con el mensaje, y D. Quijote cuando engañado le sacaron; si Cardenio vino allí desde Córdoba *en tres días*; si el cura y el barbero, que supo-

que iban desde su pueblo *a Sevilla*, y otras varias aserciones, que no dejan duda ni del paraje ni del propósito sostenido del autor de referirse a punto determinado.

Muy adecuada parece la elección de este sitio bajo diferentes aspectos históricos y topográficos. En primer lugar, era lo más

nen *ir a Sevilla*, se encuentran con Sancho que venía *al Toboso*, y si, por último, estaba *ocho leguas* cabales de Almodóvar del Campo, como más de una vez asegura, ¿a quién le ocurre llevar el teatro al término de Almedina, que es *entrada* y no *corazón* de la sierra; que está al oriente del camino real, comunicándose sin cruzarlo con el Toboso y la Argamasilla de Alba; que dista casi cincuenta leguas de Córdoba y más de veinticinco de Almodóvar, y que no cuadra, en fin, ni con las marchas, ni con los encuentros, ni con otras muchas señas que nos da Cervantes? ¿Y con qué razón enlaza Clemencín las Navas con Almedina, que distan quince leguas, corriendo las aguas del Magaña por el mismo campo de la batalla de Tolosa?

áspero y escondido de la celebrada sierra; era además un punto notable e inequívoco, cresta divisoria entre Castilla y Andalucía, entre las cuencas del Guadiana y Guadalquivir, y coto medianero entre los mojones trifines de Castilla, Murcia y Jaén, y de Castilla, Jaén y Córdoba, y había sido linde también entre las dos Españas, árabe y cristiana. ¿Y quién sabe si el fecundo creador (1) Cervantes quiso colocar a su héroe,

(1) Al aplicar el epíteto de creador fecundo a nuestro geógrafo, no queremos omitir una reflexión que puede ceder en gloria suya como inventor. No sabemos que escritor alguno, antes que Cervantes, haya dado la idea de los libros que hoy se conocen con el nombre de *álbum*, y que han constituido un ramo de comercio y un rasgo del furor de nuestras modas. Acaso no faltará extranjero que se envanezca de haber concebido este reciente entretenimiento, cuando en el capítulo I del libro IV de *Persiles y Sigismunda* vemos al peregrino español inventor y dueño de tal prenda, y dándole

para el acto más grave y solemne de la andante caballería, en el país mismo que era clásico por la batalla de las Navas de Tolosa, y que después por la de Bailén ha crecido en celebridad? Con razón se puede decir ahora que en aquel territorio privilegiado venció España tres grandes potencias que la tiranizaban: los sarracenos en 1212, los libros caballerescos en 1615 y los franceses en 1808. Dos de estas victorias costaron sumas cuantiosas y mucha sangre humana, mientras que Cervantes ganó la suya sin otro aparato que su péñola, dirigida por su divina fantasía.

Tampoco señaló positivamente el sitio

igual aplicación que a los álbums de nuestros días. En los cartapacios del peregrino escribían las personas de ingenio y de prendas que encontraba y gustaban dichos agudos, sentencias o aforismos, según sus conocimientos o caprichos, y el que sabía ponía allí su firma. ¿Qué es esto sino un álbum?

del *castillo del duque*, ni el de la insula que tituló *Barataria*; mas cotejando los datos y señas que da de estos lugares, no es difícil reconocer el primero en el palacio y jardines de *Buenavía* (hoy venta), que los duques de Villahermosa tenían junto a su villa de Pedrola, camino para Borja, Tarazona y Navarra; y el segundo en la villa de *Alcalá de Ebro*, que si no es isla, está casi circuida de aquel gran río, por lo cual en la guerra de Sucesión hubo el proyecto de aislarla del todo, abriendo un foso en el istmo. Cervantes, que sabía el árabe, ¿confundi6, acaso con propósito, las voces *isla* y *península*, que en aquel idioma no se distinguen?

Convienen además al pueblo de Alcalá otras circunstancias: era del señorío del mismo duque que confirió el gobierno a Sancho; estaba cerca del castillo y comunicaba con él por la lengua de tierra; era y es fértil y abundante; es villa, y tuvo puertas y murallas; a lo que se agrega que en sus cercanías, camino de Buenavía y Pe-

drola, existe un terreno cascajoso y move-dizo lleno de hoyas y simas, en una de las cuales debió caer con el *Rucio* el destituido gobernador al volver a su amo (1).

Otros lugares se deducen naturalmente del relato de la historia, por más que circunstancias contemporáneas personales o locales moviesen al escritor a encubrirlos. La patria de Dorotea era un pueblo de Andalucía *de que toma título un duque grande de España*, que distaba *diez y ocho leguas* de una ciudad, andaluza también; espacio que anduvo la dama *en dos días y medio*. Cardenio y Luscinda eran de una ciudad

(1) Una sola circunstancia le falta, pues nuestro autor lo hace de *hasta mil vecinos*, y sólo tenía por entonces diez y ocho casas, según el registro de las Cortes de Tarazona. Esta sola licencia romancesca se tomó Cervantes, porque le era precisa. ¿Cómo sacar el partido que sacó de la gobernación de Sancho, si descendiese el ridículo a hacerle jefe de diez y ocho vecinos?

que distaba *diez y ocho leguas* del lugar del duque grande; que era *madre de los mejores caballos del mundo*, y de la cual al corazón de Sierra Morena había unas *tres jornadas* de camino por lo más lejos, y *un día y una noche* de marcha *a pie* por lo más cerca. No cabe duda, a vista de tantos indicios, de que *Osuna y Córdoba* fueron las poblaciones a que Cervantes aludía premeditadamente, y de las cuales da señas características, como buen conocedor.

III

En tiempo de Cervantes aun seguía la ciencia de los cuerpos celestes dividida en las dos antiguas secciones de *Astrologia natural* y *Astrologia judiciaria*, a las que después han substituído la Astronomía y la Meteorología, separando de estos conocimientos positivos fisicomatemáticos las artes desacreditadas de nigromancia, quiromancia, aeromancia y otras de igual jaez. Echaban mano los antiguos de las influencias de los astros sobre nuestro globo para hacer pronósticos más o menos fundados, no sólo respecto de los temporales y de las estaciones, sino acerca de los sinos y horóscopos.

pos de las personas y de los sucesos políticos. Y no es mucho que en libros de caballería tuviesen cabida tan portentosos y extravagantes augurios, cuando los tratados científicos de la época están escritos bajo el mismo espíritu; que es poco común, porque es difícilísimo, hacerse superior a las influencias de los errores acreditados (1).

Cervantes, sin embargo, muy superior a su siglo, daba el verdadero valor a estas

(1) No sólo los profesores de ciencias morales, como el V. Beda y el P. Victoria, siguieron esta manía dominante: los matemáticos y cosmógrafos cedieron a ella también, y sobre dar cabida a los delirios de la Astrología judiciaria, adoptaron para la explicación de los verdaderos principios métodos extravagantes. Hierónimo de Chaves se detiene en su *Chronografía* a declarar los días críticos y la influencia de los signos en los miembros, y Delio Rossi, cosmógrafo de Felipe III, habla del modo de hallar las lunaciones por el juego de dados, en el *Tra-tado de la Luna*.

vulgaridades, como lo persuaden, entre otros hechos, la ironía con que alude al *verdadero cuento* del Dr. Torralba, médico visionario procesado por nigromántico en la Inquisición de Cuenca, su patria, y la manera en que refiere lo de la cabeza encantada, que el barcelonés D. Antonio Moreno mostró a D. Quijote. Cuenta que el autor de esta cabeza *guardó rumbos, pintó caracteres, observó astros y miró puntos*, en lo que manifiesta saber cómo se levantaban las figuras y se hacían los pronósticos, y añade que el artífice fué un polaco, discípulo del *encantador y hechicero Escotillo*, para que nadie extrañe la farándula de semejantes encantos y hechicerías. Completa su burla con el descubrimiento del engaño, pues nos revela que, a pesar de tantos rumbos, caracteres, astros y puntos observados, lo que se atribuía a la cabeza procedía de la voz de un hombre colocado bajo de la sala, que la dirigía por un tubo a la máquina sin ser visto ni sospechado.

He aquí el mérito que nuestro autor daba a estos embelecos, entretenimiento de imaginaciones volátiles, desvario de insomnios y asombro de ignorantes. Y si queremos aún más pruebas, oigamos asegurar al enjaulado D. Quijote que ha de inmortalizar su nombre a pesar *de cuantos magos crió Persia, bracmanes la India, ginosophistas la Etiopía*, y dígasenos si no estaba bien al corriente de las especies de cubileteros y embaucadores que hay por el mundo.

La definición de la Astrología natural (Astronomía) la hallamos bastante bien hecha en la conversación del caballero andante con el cabrero Pedro. Refiriendo éste la biografía del estudiante Grisóstomo, o más bien, relatando el artículo necrológico y sermón de honras de aquel joven malogrado, dice, en su estilo tosco natural, *que sabía la ciencia de las estrellas, y lo que pasan allá en el cielo el Sol y la Luna, y qué decla el cris del Sol y de la Luna*; y rectificando don Quijote que se llama *eclipse el obscurecerse*

esos dos luminares mayores, añade que esa ciencia se llama Astrologia.

El pretendido Cide Hamete (1) no ignoraba las principales aplicaciones de la Astronomía para hacer útilmente los viajes. Departiendo con el poeta D. Lorenzo, dice el instruído hidalgo que un caballero andan-

(1) Muchos literatos orientalistás se han empeñado en buscar la significación del nombre arabesco ideado por el autor del *Quijote* para bautizar al que supuso escritor original de su obra, y no ha faltado quien piense que *Benengeli* es una traducción del castellano Cervantes, derivado de cervato, hijo de ciervo. Nosotros hemos creído siempre que el seudónimo *Cide Hamete Benengeli* es un verdadero anagrama de *Miguel de Cervantes*, sin más alteraciones que las precisas para arabizar las palabras. ¿Puede atribuirse a casualidad que de las diez y nueve letras del seudónimo las catorce digan *Migel de Cebante*, faltando aquí tres solas, en vez de las cinco que allí sobran, por la ortografía y construcción imitando al arábigo?

te, entre otras cualidades, *ha de ser astrólogo para conocer por las estrellas cuántas horas son pasadas de la noche, y en qué parte y en qué clima del mundo se halla*. El tiempo sideral y la determinación de las longitudes y latitudes son, en efecto, de los más esenciales auxilios que la Astronomía ha suministrado al geógrafo.

Hasta el manejo de los instrumentos usuales entonces para fijar las situaciones le era bien conocido, porque yendo el visionario D. Quijote por el Ebro en el barco encantado, disputa que llevaban andadas de setecientas a ochocientas leguas cuando Sancho veía aún cercanos en la orilla a *Rocinante* y al *Rucio*, y para cortar el debate dice: *Si yo tuviera aquí un astrolabio con que tomar la altura del Polo, yo te dijera las que hemos caminado; aunque, o yo sé poco, o ya hemos pasado o pasaremos presto por la línea equinoccial, que divide los dos contrapuestos polos en igual distancia*. Véase cómo estaba familiarizado con la de-

terminación de las latitudes y con el uso del astrolabio, y la precisión y propiedad con que expresa la situación de la equinoccial, desde donde empiezan a contarse las latitudes septentrional y meridional hasta los polos ártico y antártico.

En la misma relación nos manifiesta que *el globo del agua y de la tierra* (terraquæo o terráqueo) *comprende trescientos sesenta grados, según el cómputo de Ptolomeo, que fué el mayor cosmógrafo que se sabe*; en lo que da bien a entender que la división del círculo que hizo Ptolomeo es arbitraria, y que pudo disminuir o aumentar los grados, como se ha practicado después, elevándolos a cuatrocientos. No es censurable, como algunos críticos pretenden, la calificación honorífica que da a Ptolomeo de *mayor cosmógrafo*, porque si bien es cierto que el sistema tolomaico empezó ya entonces a declinar en el concepto de algunos sabios, nadie podía negar aún, ni todavía niega, el título de príncipe de los geógrafos al ale-

jandrino, por haber sido el que antes y más cumplidamente ordenó una teoría general del Universo, que el mundo entero ha respetado y seguido por espacio de diez y seis siglos.

La prueba supletoria, para saber si habían pasado la línea, que intenta verifique Sancho, se funda en la creencia vulgar de que al atravesarla parecían todos los bichos inmundos; mas esto no arguye ignorancia de parte de nuestro autor. Él tomó la especie de los navegantes y cosmógrafos de su tiempo, y pudo creerla, como la creyó Ortelio sin dejar de ser geógrafo, o tal vez la puso en boca de un loco rematado para ridiculizarla. Induce a sospechar esto último el lenguaje usado por el caballero, pues dice así: *Haz, Sancho, la averiguación, que tú no sabes qué cosas sean coluros, líneas, paralelos, zodiacos, eclípticas, polos, solsticios, equinoccios, planetas, signos, puntos, medidas de que se compone la esfera celeste y terrestre, que a saberlo vieras claramente*

qué de paralelos hemos cortado, qué de signos visto. Como quien dice: Tú, labriego ignorante, que no puedes valerte de otros medios seguros y científicos, que yo poseo, atente a las vulgaridades que otros menos torpes que tú nos han contado. Y enumera a continuación todos los círculos, fajas, líneas y puntos de ambas esferas, sin olvidar uno, y supone naturalmente que como navegaban de Norte a Mediodía, habían de llevar cortados en su derrota varios paralelos de latitud, y visto y dejado de ver sucesivamente muchos signos y constelaciones de ambos hemisferios. El que así se explica manejados tenía los globos, la armilar y los tratados de Cosmografía.

La inteligencia del movimiento aparente de las fijas, aplicado al reloj astronómico de la Osa Menor, comúnmente llamada Bocina o Carro Pequeño, se descubre en la aventura medrosa de los batanes. Sancho, guiado por sus observaciones pastoriles, viendo a su señor impaciente por la venida del día,

le asegura que *no debe haber de allí al alba tres horas, porque la boca de la bocina está encima de la cabeza, y hace la media noche en la línea del brazo izquierdo.* Aunque todo era ilusión o embuste, supuesto que, nublado el cielo, no dejaba ver estrella alguna, es un hecho que la relación corresponde con el aspecto de la Osa Menor en el mes de agosto que corría, y en la hora a que se refiere el rústico escudero.

Nada tiene de extraño que Cervantes siguiese el sistema de Ptolomeo en época en que lo respetaban astrónomos muy célebres; ya porque el de Copérnico apenas contaba medio siglo de existencia y aún no estaba completamente desenvuelto y comprobado, ya porque el acomodarse el antiguo a las impresiones seductoras de los sentidos, lo hacía preferible en los escritos que había de leer toda clase de personas, aun en concepto de muchos que científicamente lo desechaban. Tycho-Brahe, con toda su capacidad astronómica, acababa de

publicar a la vista de Cervantes su tercer sistema, *justo medio* entre los dos anteriores, y que ha tenido la suerte que de ordinario cabe a los que se empeñan en amalgamar extremos inconciliables. Empero no faltan indicaciones en nuestra Historia de que el autor conocía ya la teoría copernicana, introducida en las aulas de Salamanca y defendida por teólogos toledanos.

Acomodándose al común decir, se dirige el barbero a D. Quijote enjaulado sobre la carreta, e imitando su estilo altisonante, le anuncia el consorcio con Dulcinea, y que tendrá sucesión *antes que el seguidor de la fugitiva ninfa* (frase mitológica del Sol y la Aurora) *faga dos vegadas la visita a las lucientes imágenes* (antes de dos años) *con su rápido y natural curso*. Mas ¿qué mucho en un escritor romántico suponer natural curso en el Sol, cuando los astrónomos nos han dejado, siglos después, las frases comunes e inexactas de *sale el Sol, se pone el Sol*, como diariamente repite el calendario?

Fuera de que Cervantes nos muestra, en otro lugar de su historia, que este modo vulgar de decir es erróneo, y que el Sol no anda en torno de la Tierra.

Cuando empieza a dar cuenta del gobierno de Sancho Panza, se eleva hasta la esfera del Sol, y lo apostrofa con estos propísimos y lindos epítetos: *¡Oh perpetuo descubridor de los antípodas, hacha del mundo, ojo del cielo, meneo dulce de las cantimploras!... Tú que siempre sales, y aunque lo parece nunca te pones...* No cabe una asociación de imágenes más galanas, ni un conjunto de figuras mejor combinado. Representar que continuamente van descubriendo el Sol los habitantes de los meridianos opuestos a los que van quedando en la sombra, para indicar la perpetua sucesión del tiempo; calificar de antorcha del Universo al foco principal de la luz, y centro de nuestro sistema planetario; llamarle, como el disco más brillante de los cielos, su ojo y su vehículo, y enlazar con ideas tan subli-

mes la invención de las garrafas de nieve para enfriar el agua y templar la sed que producen los calores del estío, cabía sólo en la fecunda y atrevida imaginación del escritor por excelencia.

Mas lo que conduce sobre todo al propósito del momento es hacer notar que, negando Cervantes la postura del Sol, aunque parece que la hay, quiso dar dos lecciones: una al vulgo, que, llevado de la ilusión óptica, cree que gira el astro, cuando es la Tierra la que se mueve; y otra a los astrónomos que usan tan impropriamente del verbo *ponerse*, sinónimo de presentarse o manifestarse, en vez de decir quitarse u ocultarse. Debió introducirse este error por corrupción del verbo *trasponerse*, que usaron con menos propiedad antiguos poetas (1).

(1) Don Antonio de Solís criticó ya la frase *ponerse* el Sol en este dístico :

Dime, inventor de frase tan maldita,
¿Cómo se *pone* el Sol cuando se *quita*?

Aunque en la conversación con los cabre-ros llama D. Quijote al Sol y a la Luna los *dos luminares mayores*, no ha de creerse que ignoraba el autor que la última es un cuerpo opaco, espejo del astro radiante. Atúvose al efecto de alumbrar, sea con luz propia o prestada, y se acomodó al estilo corriente, como el *Génesis*, que los llama luminares mayor y menor. Pero bien sabía la verdad, dado que la noche de armarse caballero su héroe en el corral de la venta, refiere que era tal la *claridad de la Luna, que podía competir con el que se la presta-ba*; es, a saber: con el Sol, de quien la Luna recibe y refleja la luz.

También se acomodó a la clasificación recibida de las regiones atmosféricas del aire y del fuego, al relatar lo sucedido al amo y al criado sobre el aligero *Clavileño*. *Ya debemos llegar* — dice aquél — *a la segunda región del aire, donde se engendran el granizo y las nieves; los truenos, los relámpagos y los rayos se engendran en la tercera región;*

si es que desta manera vamos subiendo, presto daremos en la región del fuego. Relación que arguye conocimiento especial de los meteoros aéreos, acuosos, luminosos e ígneos, cual entonces se conocían y explicaban.

Lo que Panza cuenta haber visto, después de bajar, así es un rasgo graciosísimo de la socarrona rusticidad y picaresco fingir de este hi de puta, como una fina alusión a la pluralidad de los mundos y al orgullo desmedido del hombre, que se considera único rey del Universo. Después de suponer que *fué por parte donde están las siete cabrillas*, dice que miró a la Tierra, y le pareció *que toda ella no era mayor que un grano de mostaza*; esto es, un punto en la inmensidad del espacio, un globulillo en miniatura, al lado de las grandes masas de los planetas principales. Graduar al propio tiempo a *los hombres que andaban sobre ella poco mayores que avellanas*, parece una mentira cargada de burla contra los que de vanidad no caben en la Tierra.

Coincide asimismo en la idea de la pluralidad de los mundos el pasaje de la pastorel Arcadia; pues a la zagala que recomendaba el cuidado con las redes de sus pajarrillos la tranquiliza el cortés caballero diciendo: «Si estas redes ocuparan toda la redondez de la Tierra, *buscara yo nuevos mundos* por do pasar sin romperlas.» No se sabe qué admirar más en esta respuesta, si el refinamiento de la galantería, o la seguridad filosófica de que hay otros ámbitos que recorrer fuera de nuestro globo.

El complemento de la teoría de las atmósferas, que entonces se decían cielos, nos lo da D. Quijote al repugnar el embuste de su escudero. *Sentí — dice — que pasaba por la región del aire* (cuando se lo hicieron con los fuelles), *y aun que tocaba en la del fuego* (al arrimarles a las barbas las estopas encendidas); *pero que pasásemos de allí no lo puedo creer; pues estando la región del fuego entre el cielo de la Luna y la última región del aire, no podíamos llegar al cielo*

donde están las siete cabrillas, que Sancho dice (al signo de Tauro), sin abrasarnos. Dificultad científica es ésta, que hoy se explicaría por la rarefacción progresiva de los flúidos atmosféricos, por la incomprensible ligereza de las substancias aeriformes, que hará impenetrables sus límites a todo cuerpo sublunar, por poco grave que él sea.

Otro dato de que Cervantes poseía la ciencia de los meteoros nos suministra la relación de lo acaecido el día en que don Quijote fué de campo con los duques aragoneses. *Así como comenzó a anochecer*—dice el historiador—*un poco más adelante del crepúsculo... se cerró la noche, y muchas luces discurrían, bien así como discurren por el cielo las exhalaciones secas de la Tierra, que parecen a nuestra vista estrellas que caen.* Estrellas volantes o que caen llamamos ahora a este meteoro ígneo, efecto de la inflamación de materias atmosféricas producida por una corriente de electricidad.

También dió Cervantes una pincelada de su inteligencia selenográfica aludiendo a las faces, que hacen tan notable al satélite de la Tierra entre los demás cuerpos celestes. Pidiendo D. Quijote a la Luna que le dé nuevas de la señora de sus pensamientos, la llama *luminaria de las tres caras*, ya porque se presenta bajo los tres aspectos de creciente, llena y menguante, o sea circular, y cornuda hacia uno y otro lado, ya por imitación de Virgilio, que dijo en *La Eneida*: *Tria virginis ora Diâne* (1). Y que la diosa Diana fuera la Luna nos lo declara el autor de la cerdosa aventura refiriendo que *era la noche algo obscura, puesto que la Luna estaba en el cielo, pero no en parte que pudiera ser vista, que tal vez la señora Diana*

(1) *Diosa triforme* la llamaron también los poetas Horacio y Ovidio. Los mitologistas la dieron el nombre de *tergemina*, porque era conocida con estos tres: *Luna* o *Febe* en el cielo, *Diana* en la tierra y *Hécate* o *Proserpina* en los infiernos.

se va a pasear a los antípodas. No se pase por alto que aquí habla resueltamente del movimiento de la Luna, pues usa de una locución inequívoca, bien diferente a la que se refiere al curso del Sol.

Todavía sobresale el mérito geográfico-astronómico de Cervantes en la consecuencia que guardó respecto de la estación en que supone viajando a su hidalgo. Plúgole que las tres salidas del héroe manchego fuesen en verano, y que los cinco o seis meses que dura la acción de la fábula corriesen dentro de los de junio, julio y agosto. No importa averiguar por qué prefirió la estación ardorosa para las hazañas caballerescas, aunque parezca obvio que a la locura del protagonista le venía de molde la época del gran calor, que exalta la imaginación; pero sí admira que escribiendo una obra fantástica y de ficciones, ni una sola vez se olvidase del propósito, ni al citar fechas, ni al indicar afecciones atmosféricas, ni al referir cosa alguna que tenga relación

con los temporales. Esto no se consigue sin un plan premeditado con la instrucción y talento necesarios.

Tres solas fechas se ponen en la historia de D. Quijote, y todas corresponden al verano. La carta para Dulcinea escrita en Sierra Morena es de *veinte y siete de agosto*; la de Sancho a su mujer desde el castillo del duque fué el *veinte de julio*, y la del duque al gobernador anunciándole la conspiración de la insula tiene la data a *diez y seis de agosto*. Aunque sólo se da un extracto, sin fecha, de la carta de Roque Guinar a sus amigos de Barcelona, léese el anuncio de que D. Quijote se presentaría en la ciudad el *día de San Juan Bautista*, que es el veinticuatro de junio. Véanse otros muchos testimonios de que era tiempo de estío.

La primera vez que salió D. Quijote de su pueblo, *el Sol entraba muy apriesa y con mucho ardor*. Al llegar a la venta descubrió su *polvoroso rostro*, y cenó a la puerta *por el fresco*. Cuando encontró a los mercade-

res toledanos, éstos *venían con quitasoles*. En la segunda salida que hizo con su escudero, *por ser la hora de la mañana y herirles a soslayo los rayos del Sol no les fatigaba*. Los cabreros tenían el zaque colgado de un árbol, *porque se enfriase el vino*. El día de la aventura con los yangüeses, en un fresco y ameno pradillo pasaron *las horas de la siesta, que rigurosamente comenzaba ya a entrar*. Cansado Sancho de los desmanes escuderiles quiere volverse a su casa, y da por razón de hacerlo entonces, *ahora que es tiempo de siega*. Cuando el cura y el barbero fueron a buscar a su loco paisano a Sierra Morena, *el calor y el día era de los del mes de agosto*. Las bodas de Camacho se celebraban *en el frescor de la mañana y no en el calor de la tarde*. Al salir de la cueva de Montesinos *eran las cuatro de la tarde, y el Sol entre nubes cubierto, con luz escasa y templados rayos, dió lugar a que sin calor* contase lo que había visto y soñado. Preguntando al militar mancebo que en-

contraron por qué iba horro y en mangas de camisa, responde que *el caminar tan a la ligera lo causaba el calor y la pobreza*; a lo que D. Quijote repone *que por el calor bien puede ser*. En el palacio del duque, *don Quijote se fué a reposar la siesta*, y Sancho, con la señora y las doncellas, estaban *en una muy fresca sala*, afectando el escudero, por cortesía o jactancia, que renunciaba a su costumbre de dormir cuatro o cinco horas *las siestas del verano*. Hallándose de campo con los señores del castillo, vino la noche *no tan clara ni tan sesga como la sazón del tiempo pedía, que era en la mitad del verano*. Otra noche que Altisidora dió música al enamorado caballero, *hacía calor y no podía dormir* el huésped, por lo que se levantó y *abrió la ventana* que daba al jardín; y la doncella Emerencia decía a su compañera de broma, que si el ama oyese la serenata y las sintiese levantadas, *echarían la culpa al calor* que hacía. Por detenerse Sancho con Ricote, a su re-

greso del gobierno, tuvo que hacer noche al raso; *pero como era verano* no le dió pesadumbre.

A tan sostenido carácter de correlación y armonía pueden añadirse algunas muestras de tino meteorológico que ofrece el itinerario quijotesco. Nótese que cuando la aventura del cuerpo muerto, *la noche cerró con alguna escuridad*; que luego se puso ya *tan oscura* que no se veía una estrella; que al día siguiente, no obstante ser verano, *el frío de la mañana que ya venía*, aparece como una de las concausas del apretón de Sancho junto a los batanes; que no mucho después *empezó a llover un poco*; y que cuando encontraron al barbero del yelmo, también *comenzó a llover*, por lo cual llevaba la bacía sobre la cabeza para no mojar-se el sombrero. En todo hay grande enlace, naturalidad y acierto: empieza el nublado; se acrecienta y causa frialdad en la madrugada; sigue a las nubes la lluvia, y cesa y se repite el llover, como nubes de verano. ¿No

se está viendo la Naturaleza viva en tan felices narraciones?

De la Geografía natural y glosológica hay rasgos en el *Quijote* que, recapitulados con orden, pudieran formar la tabla de unas lecciones elementales. Ya vemos distinguir nominalmente las *cuatro partes del mundo*, con motivo de censurar la falta de unidad de lugar en ciertas comedias, que se han quedado atrás gracias a los dramas ultrarrománticos de nuestros días. Ya leemos los rumbos *tramontana* y *levante* colocados con perfecto conocimiento de la rosa náutica. Aquí se descubre la existencia de montañas submarinas y de arrecifes peligrosos, como los *bancos de Flandes*, que era capaz de pasar la gentil Camacha. Allá las relaciones y diferencias entre las distancias itinerarias y las que resultan en el mapa, tomadas *por el aire* y *línea recta*. Acullá, en fin, se distingue y explica qué sean continentes y qué islas, con las voces de *tierra firme* y de *insula*, técnicas y usuales entonces.

Y pues que de islas se trata, no debemos omitir dos observaciones que sirven para realzar el mérito de Cervantes. En primer lugar, sabía la pertenencia de las islas mediterráneas, pues hace decir al incrédulo Sansón Carrasco que el guardacabras de Sancho no podía ser gobernador de una ínsula, siendo *todas o las más* que hay en el mar Mediterráneo de Su Majestad; reparo que envuelve la inteligencia de que por el rumbo oriental que llevaban los aventureros, sólo a nuestro mar podían haber llegado, y la de que eran de la corona de España *casi todas* las islas en él situadas; a saber: las Baleares y Pitiusas, Cerdeña y Sicilia, con Malta, que Carlos V había cedido a la Orden de San Juan; sin más excepción que Córcega, que estaba en poder de los genoveses.

La segunda observación es que conocía también el nombre peculiar que los marinos daban en su época a las islas desiertas e incultas, porque en boca de la Trifaldi echa un anatema a los trovadores que excitan

con sus picantes versos las pasiones amorosas, opinando que debían ser desterrados a las *islas de los lagartos*. Esta denominación, semejante a la de *isleos*, que generalizaron los portugueses, y la condena con ella expresada, equivalen a si hoy se les impusiera la deportación a la isla de Pinos u otra solitaria.

Era comunísimo en tiempo de nuestro autor el dar títulos honoríficos a las poblaciones, fundados en hechos históricos o referentes a circunstancias especiales (1).

(1) En la Península abundan los títulos de *imperial* ciudad, *coronada villa*, *muy noble*, *muy leal*, *muy heroica*, *invicta*, etc. En Sicilia gozaban por reales privilegios de connotados distintivos muchas ciudades, como éstas:

Antica Marsale.

Placentissima Ceffala.

Magniffica Girgenti.

Fruttosa Monreale.

Fecondissima Lentini.

Amenissima Piazza.

Cervantes, conocedor profundo en esta materia, califica tan sabiamente los lugares, que cada adjetivo o frase equivale a una descripción característica, y presupone un estudio especial historiográfico. Al campo de Montiel lo llama *antiguo y conocido*; a los prados de Jerez les da el título de *eliseos*, con alusión a que los baña el Guadalete, tocayo del famoso Leteo; el académico Paniaguado califica de *herbosos* a los llanos de Aranjuez; al Pirineo se le apellida *silvoso* o *selvoso*; al Apenino, *levantado*; nos representa el primer río de España y sus arenas de oro diciendo el *padre* Tajo, el Tajo *dorado*, y expresa las cualidades de otros cursos de agua en los apropiados epítetos de Nilo *llano*, *claro* Termodonte, Betis *olivífero*, *tortuoso* Guadiana y *divino* Jenil.

Hasta en el bautizar parajes anónimos e inventar denominaciones da bien a entender que conocía cómo han tenido origen los más en hechos notables y sucesos importantes. Prescindiendo de los títulos de Mi-

comición, Candaya y otros de reinos caballerescos que, como tuvo cuidado de advertir, *no deben estar en el mapa* por ser imaginarios, vemos la propiedad con que denominó el sitio en que los yangüeses apalearon a D. Quijote y a Sancho, llamándole *Val-de-las-estacas*, a la manera que se dijeron Campo de la Pelea, Victoria, Batalla y Matanzas otros lugares notables por encuentros y lides. Igual destreza resalta en apellidar a la dama del Caballero del Bosque Casildea de *Vandalia*, sinónimo erudito de Andalucía.

IV

Entrando a examinar la riqueza topográfica que encierra el *Quijote*, es preciso confesar que Cervantes no cede a Homero en la propiedad de epítetos, en el juicio y exactitud a Estrabón, en el orden y precisión a Mela, en puntualidad a Ptolomeo, ni en belleza y verdad a cuantos más se han distinguido en describir la Tierra. Y para que no se tenga por exagerado este elogio, veamos las pruebas irrecusables que lo abonan y compárense los rasgos de nuestro autor, que no escribió Geografía, con los más aventajados trozos de los que se propusieron enseñar esta ciencia.

De las producciones naturales y fabriles más señaladas en cada pueblo o territorio hallaremos en el *Quijote* ejemplos tan repetidos, que ellos solos bastan para acreditar la lectura y los viajes del autor. La provisión que encontraron en la venta fué el pescado que llaman *abadejo* en Castilla, *bacallao* en Andalucía, *curadillo* y *truchuela* en otras partes. Dulcinea era más derecha que *un huso* (pino) de *Guadarrama*. Más estimó el cura hallar en el escrutinio el libro de *La fortuna del amor*, que si le dieran una sotana de *raja de Florencia*. Los mercaderes de Toledo iban a comprar *seda a Murcia*. No traía la novia del opulento Camacho *palmilla verde de Cuenca*, sino rico terciopelo. En opinión de Sancho, más calentaban cuatro varas de *pañó de Cuenca* que otras tantas de *limiste de Segovia*. Don Quijote, sentado en su cama, tenía un *bonete colorado toledano*, de los que se hacía entonces gran comercio. Entre los cereales que había en la Mancha se citan el trigo *candeal*, el *trechel*

y el *rubi6n*; de este 6ltimo, y no de los primeros, aechaba Aldonza Lorenzo. Tembleque era lugar de *mucha siega* o de gran cosecha de granos. Los *garbanzos de Martos* eran ponderados por su grandor. El t6rmino de comparaci6n de los buenos quesos era el *queso de Tronch6n*. En el Ebro se pescaban las mejores *sabogas* del mundo. El r6o Guadiana no criaba peces regalados y de estima, sino *burdos y desabridos, bien diferentes de los del Tajo* (1). Para el valor de D. Quijote no hab6a toros que valiesen, aun *de los m6s bravos que cria Jarama* en sus riberas. Los leones que tra6an a la corte proced6an *de Or6n*, enviados por su gobernador. Los enamorados poetas suelen ofre-

(1) Marcial di6 tambi6n al Tajo el t6tulo de *piscoso* o *pezoso*; mas Pedro de Medina, en sus *Grandezas de Espa6a*, supone que no hab6a peces m6s estimados que los del Guadiana. En esto de comparaciones hay que distinguir de sitios, de tiempos y de gustos.

cer nada menos que *del Sur las perlas, de Tlbar el oro y de Pancaya el bálsamo*. Fueran poco para recompensar los azotes de *Sancho el tesoro de Venecia y las minas del Potosí*. El gobernador Panza comía con más gusto que si le dieran *francolines de Milán, faisanes de Roma, ternera de Sorrento, perdices de Morón y gansos de Labajos*. Finalmente, sabía tanto de producciones nuestro autor y hablaba de ellas con tal tino, que jamás nombra un árbol, arbusto o planta que no se dé en el suelo de que trata, como *encinas, alcornoques, olmos, sauces, hayas, tejos, adelfas, retamas, zarzas, cambrone-ras, cabrahigos, rosales y mirtos*, o que no esté bien aclimatado, como *cipreses y castaños*. Éstas son las únicas especies de vegetales que se encuentran mencionadas en las expediciones de D. Quijote.

Si buscamos noticia de las Universidades que corrían con menos crédito y de los Estudios más célebres, fácil será encontrarla. Cuando Cervantes quiere retratar a un hom-

bre de saber superficial, le figura procedente de las Universidades que se decían *silvestres*, por el poco rigor de los exámenes, donde eran mera fórmula los ejercicios literarios (1). Así es que al cura de Argamasilla le hace *graduado en Sigüenza*, y del médico Pedro Recio dice que tenía el *grado de doctor por la Universidad de Osuna*. Cuenta que el loco de Sevilla era graduado en Cánones por Osuna; pero que no dejara de ser loco *aunque lo fuera por Salamanca*. Ni olvidó la célebre Sorbona, de donde teólogos tan profundos salieron, entre los que se cuentan Pedro Ciruelo, Andrés Laguna, el cardenal Silíceo, Juan de Mariana y otros

(1) En estas Universidades menores se graduaba a los que concurrían con certificaciones de cursos en cualquier parte ganados; por eso Suárez de Figueroa supone que los jueces del grado decían unánimes: *Accipiamus pecuniam, et mittamus asinum in patriam suam*. («Cojamos la propina, y enviemos el zote a su pueblo.»)

españoles famosos, pues asegura haber habido caballero andante que predicaba tan bien *como si fuera graduado por la Universidad de París*.

El mapa picaresco de España, esto es, el catálogo de sitios que en las ciudades y pueblos grandes servían de centros a la gente corrompida y desalmada, lo sabía Cervantes de coro. Óigase si no dónde había ejercitado el ventero la ligereza de sus pies y la sutileza de sus manos. Empieza por hacerle procedente *de los de la playa de Sanlúcar*, el de Barrameda, pueblo de gran importancia marítima desde que salió de aquel puerto Colón para su segundo viaje, que acababa de ser elevado a ciudad y poco después a residencia de los comandantes del mar Océano, y que por estas y otras causas era frecuentado de pillería, rateros y tahures.

Después nos dice que el tal ventero había recorrido las siguientes escuelas: *los Percheles de Málaga*, barrio de la marina

donde se secaban los pescados en perchas y donde los vicios menores eran las desenvolturas y truhanerías; *las Islas de Riarán*, que era una manzana aislada de casas hacia la puerta del mar de la misma ciudad de Málaga, propiedad del vizcaíno Garci López de Arriarán, con bodegones y tiendas que frecuentaba la gente ociosa y maleante; *el Compás de Sevilla*, que fué un barrio a lo largo de la muralla, a la izquierda entrando por la puerta del Arenal, donde está la calle de la Laguna, habitado entonces de gente *non sancta*, y ocupado más antes por la mancebía; *el Azoguejo de Segovia*, plazuela del arrabal por donde pasa el famoso acueducto, muy concurrida de antiguos prestidigitadores y buscavidas manidiestros; *la Olivera de Valencia*, sitio hacia la actual plaza de la Olivareta y los callejones del Bochi y Malcuinat, albergue de gente perdida y centro de lupanares; *la Rondilla de Granada*, que debió ser otro punto fuera de murallas, donde los viciosos concurrían a

ejercer sus habilidades; *el Potro de Córdoba*, barrio meridional de la ciudad, que recibió el nombre, así como la calle que lo atraviesa y la fuente que lo abastece, de un potro de piedra que coronaba a esta última y que solía ser el asiento de gente chusca y diestra; y *las Ventillas de Toledo*, que estaban en el arrabal camino de Madrid, donde vendían vino y excitantes para los gaudules y devotos de Baco (1).

(1) Como si hoy quisiéramos encarecer la destreza de un vagabundo, amaestrado en todo género de pillerías, de mañas diabólicas y curtido en inmorales tratos, suponiendo que había recorrido y educándose en *la Rochapea*, de Pamplona; *la Barceloneta*, de Barcelona; *el Cañaret*, de Valencia; *el Callizo de Meca*, de Zaragoza; *el Rastro*, de Madrid; *la Macarena* y *el Mercadillo*, de Sevilla; *la Lacaba*, de Granada; *la Vila Vella* (villa vieja), de Alicante; *la calle de San Juan*, de Burgos; *el barrio de la Goleta*, de Málaga; el de *Santa María*, en Cádiz, y otros sitios de prostitución y de crímenes.

Y por que no se crea que el malafortunado Cervantes conocía sólo el teatro de los vagabundos, con mengua de su reputación como geógrafo y de sus relaciones sociales, oigámosle describir y citar parajes más cultos, sitios que prueban su universal lectura y general trato. Únicamente quien supiera los establecimientos fabriles de nuestras provincias y la ocupación más común de sus habitantes, podía reunir en la venta a los *perailles* o cardadores de Segovia, a los *agujeros* de Córdoba y a los de la *hería* de Sevilla, gente toda festiva y aviesa, muy a propósito para mantear a Sancho. Sólo un topógrafo consumado nos diría que había en Laredo *cachopines*, que iban a hacer su fortuna a Nueva España; que en las *Tendillas de Sancho Bienaya*, plaza de Toledo junto a la Misericordia, vivían zapateros remendones; que en la *Alcana*, antigua judería de la misma ciudad, moraban sederos y mercaderes; que los *yangüeses con hacas galicianas* y los vecinos de *Arévalo* se ocu-

paban de la arriería; que eran diestros *en subir a la jineta* los cordobeses y mejicanos, y que en Antequera había *honrados molineros*. Este último adjetivo encierra más ironía que cibera y maquila podían tener los molinos.

De otras muchas ciudades nos habla con un profundo conocimiento de sus sitios y objetos notables. Menciona más de una vez la plaza de *Zocodover* (que es la principal) y las *Tendillas* de Toledo; cita la *gran Cuesta Zulema*, poco distante de la antigua Compluto; de Madrid trae a la memoria las fuentes de *Leganitos*, de *Lavapiés*, del *Piojo*, del *Caño dorado* y de la *Priora*; la calle, entonces estrecha, de *Santiago* y la puerta, ahora portales, de *Guadalajara*; nombra las torres del alcázar llamado *Aljafería*, en la ciudad de Zaragoza, que sabía ser la *Sansueña* de los romances y de las crónicas francesas; menciona el albañal de Córdoba titulado *Caño de la Vecinguerra*, y de Salamanca la veleta o *ángel* de la parroquia

de la Magdalena. Habla también de la *aguja de San Pedro* o *pirámide de Julio César*; del *castillo de Santángel*, antes *Moles Adriani*; del *templo de la Rotonda*, y de otros monumentos de Roma, cuyas particularidades suele indicar con tino; de la puerta SE. de Argel, llamada de *Babazón* o de las ovejas; de las señales que hace el castillo de *Monjuich* cuando se acercan naves al puerto de Barcelona, y de los abundantes manantiales de Aranjuez, haciendo un *Aranjuez de fuentes*, como había hecho en otra obra un *nuevo Aranjuez de flores*, aludiendo a sus jardines admirables.

Ni podía olvidar un inteligente descriptor los lugares que los héroes han ennoblecido con su nacimiento o por sus hazañas. Así es que el canónigo sensato recomienda a D. Quijote que en lugar de sus fingidos y estrafalarios modelos, tenga presentes estos verdaderos y dignos de imitación: *Un Viriato* — dice — *tuvo Lusitania*; *un César, Roma* (el dictador); *un Anibal, Cartago*; *un*

Alejandro, Grecia; un conde Fernán González, Castilla; un Cid, Valencia (que la dió apellido por sus proezas, aunque burgalés de origen); *un Gonzalo Fernández, Andalucía* (el Gran Capitán); *un Diego García Paredes, Extremadura; un Garci Pérez de Vargas, Jerez; un Garcilaso* (el de la Vega), *Toledo, y un D. Manuel de León, Sevilla.* Criterio muestra la elección de personajes y de pueblos.

Ningún geógrafo aventajó a Cervantes en describir con ligereza y maestría. Sus pinceladas gráficas tienen un don celestial, y hacen el efecto admirable que las de Goya en sus cuadros. De Florencia dice que es *ciudad rica y famosa de Italia, en la provincia que nombran Toscana.* Llama a Nápoles *la más rica y más viciosa ciudad del universo mundo,* al referir que D. Vicente de la Roca prometió llevar a ella a su engañada amante. En tres pasajes distintos encomia la excelencia de Córdoba de ser *madre de los mejores caballos del mundo,* ya

ponderando que ni las hermosas *yeguas de su dehesa* hicieran alborotarse al flaco *Rocinante*, ya suponiendo que Dulcinea podía dar reglas de equitación *al más diestro cordobés*.

Pero el cuadro más breve y expresivo, el más cabal y elegante que caracteriza el talento privilegiado de nuestro autor, es el que representa a la capital de Cataluña de este modo encantador: *Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza única*. ¡Oh retrato singular y único en su especie! Toda la historia barcelonesa fuera preciso escudriñar para explicarlo, como la tuvo presente el pintor que copió el original con tan vivos y propios colores, que a ningún otro corresponden, que sólo a sí mismo se parece.

Apenas había cosa notable y digna de llamar la atención que no se aproveche co-

yuntura para enlazarla con la serie de la fábula. El tímido Sancho, observando la rara aventura de *Clavileño*, recela no ande por allí alguna legión de diablos que dé con él y con su amo *en Peralvillo*. Alude a las severas ejecuciones que la Hermandad de Ciudad Real hacía en la aldea de este nombre, término de Miguelfurra, pues allí acostumbraba asaetear a los malhechores(1). No era fácil imaginar un temor más fundado y al

(1) Las Hermandades Santa, Real y Vieja de Ciudad Real, Toledo y Talavera, así fueron temidas por sus justicias secas como por las tropelías a que daba lugar su modo de proceder y sus privilegios excesivos. La de Ciudad Real tenía el cadalso *en Peralvillo*; la de Toledo asaeteaba y ponía a sus reos *en el puerto de Marchez*, cerca de San Pablo de los Montes, donde había un arca para depositar los restos mortales de los ajusticiados. Entre los procesos de este Tribunal selvático, es notable la causa y suplicio del salteador de caminos Pedro Ponce de León, año de 1686.

alcance de un rústico manchego, ni una ocasión más oportuna de recordar aquel Tribunal extraordinario a los que hubiesen participado de su terrible nombradía.

Unas veces por boca del caballero del Bosque, y otras como si fueran capítulos del Ovidio español que escribía el estudiante primo de Basilio, menciona algunas de las curiosidades y grandezas de nuestro país que han hecho ruido en las conversaciones y en los libros. Una es *la gigante de Sevilla llamada la Giralda*, estatua de bronce de catorce pies de altura y veintiocho quintales de peso, que en representación de la Fe está colocada sobre la magnífica torre de la catedral; torre que también usurpa el nombre a la virtud estatua. Otra es *las valientes piedras de los toros de Guisando*, cuyas inscripciones han dado tanto que pensar a los anticuarios, mientras han creído romano lo que plugo escribir a algún monje jerónimo a fines del siglo XIV, fuese por ignorancia o por engaño. Y otra *la sima de Cabra*, famo-

sa cueva o boca de mina que llaman de Jarcas, donde el encrudecido duque de Sessa propuso enterrar a los moriscos cuando era cuestión de gabinete qué se haría de ellos, y se fluctuaba entre los pareceres de los que sostenían que *cuanto más moros más ganancia*, y de los que opinaban que *de los enemigos los menos*.

En todas las situaciones ostenta Cervantes su pericia; y ora cite lugares por referencia, ora describa marchas, ora finja novelas, siempre está exacto y oportuno. Si en la aventura del cuerpo muerto no quiso copiar en parte la traslación del cadáver de San Juan de la Cruz, verificada pocos años antes, nadie le podrá negar que supuso un hecho muy verosímil; porque el cortejo lúgubre pasaba *de Baeza a Segovia* por el camino real ordinario de Andalucía a Castilla.

El itinerario que el cura traza a Dorotea para regresar a su ideado reino no puede ser más propio, en la suposición de que

pertenecía a los países del Oriente. *Tomará vuesa merced* —le dice— *la derrota de Cartagena, donde se podrá embarcar con la buena ventura, y si hay viento próspero, mar tranquilo y sin borrasca, en poco menos de nueve años* (plazo hiperbólico, siguiendo el plan del enredo) *se podrá estar a vista de la gran laguna Meotides* (el seno más lejano del Mediterráneo, que hoy se conoce por el mar de Azof). Aquí debe notarse la propiedad náutica con que habla Cervantes, y traerse a colación otra frase de la duquesa, que elogiando el pulso y medida del caballero andante, decía que iba siempre *con la sonda en la mano*, como buen piloto.

No extraña tanto la exactitud y minuciosidades que sobresalen en la historia del cautivo, porque cuenta en ella el escritor gran parte de su propia historia. Oriundo el protagonista *de un lugar de las montañas de León*, tiene dos hermanos que abrazan dos distintas carreras. El que tira por la

iglesia va a estudiar a Salamanca; el comerciante toma el viaje de Sevilla para las Indias, y el cautivo, aficionado a las armas, se dirige a Alicante. Es tan natural esta relación, que se le puede aplicar sin violencia el proverbio italiano *si non e vero, e ben trovato*. («Si no es cierta, está bien inventada.») Sigamos las huellas del pasajero alicantino, y tendremos más que admirar.

Sabe en aquel puerto que hay una nave genovesa que cargaba lana; se embarca en ella; llega a Génova; de allí pasa a Milán; quiere ir a sentar su plaza al Piamonte, y estando ya de camino para Alexandria de la Palla, encuentra otra proporción más de su gusto y se marcha a Flandes. Tiene después noticia de la liga contra turcos, que se habían apoderado de la famosa isla de Chipre; viénese a Italia; pasa a Nápoles y Mesina; se halla en las batallas de Navarino y Lepanto, de donde le llevan cautivo a Constantinopla. Mientras esto refiere habla de Modón, que es una isla junto a Navari-

no (1); de Túnez; de la Goleta, tenida hasta

(1) Fatalidad es que los pocos y leves reparos puestos por Clemencín a la parte geográfica del *Quijote*, sean tan sin motivo ni apoyo. Si en las demás materias ha procedido el comentador con igual ligereza, no le envidiamos la gloria, ni le arrendaríamos la ganancia si Cervantes alzara la cabeza, u otro buen ingenio la levantase por él. Al ver Clemencín que nuestro intachable autor llama *isla a Modón*, se lamenta de tan extraño yerro, y no sabiendo cómo disculparlo en quien mostró tanto conocimiento de las costas mediterráneas, quiere achacarlo (frecuente recurso para salir de atolladeros) a errata de la imprenta. Antes de hacer este cargo debió enterarse mucho de los planos topográficos de Modón, de los viajeros y geógrafos más puntuales, y hubiera hallado que Cervantes dijo la verdad, como que la sabía de ciencia de ojos. La plaza de Modón está cercada del mar por todas partes, y sólo la enlaza con tierra firme un puente de madera, como la isla gaditana está unida a la península por el puente Suazo. Criticar a Cervantes, y en Geografía,

entonces por inexpugnable; de Tabarca, que es un portezuelo de los genoveses en África, y de otras particularidades.

Viene de Constantinopla *a Argel*, contento de estar *más cerca de España*, y hablándonos de esta ciudad, da noticia circunstanciada de los baños de los cautivos; de la marina; del enviado secretamente *a Valencia* para armarse una barca con achaque de hacerse *mercader en Tetuán*, o en el lugar de *Sargel* (re poblado por los moriscos expulsados de España), donde había mucha *contratación de higos pasos*; y de que a los moros de Aragón los llaman en Berbería *tagarinos*, y a los de Granada *mudéjares* en Berbería y *elches* en el reino de Fez. Escápase del cautiverio con otros compañeros; comienzan a navegar *la vuelta de las islas de Mallorca, que es la tierra de cristianos más cerca*, y obligados por el viento tra-

y en falso, es para nosotros un pecado imperdonable.

montana y la mar algo picada a dejarse ir tierra a tierra la vuelta de Orán, tocan en una cala, al lado de un pequeño promontorio, que los moros llaman cabo de la Cavarumia, que en nuestra lengua quiere decir la mala mujer cristiana, y del que aun queda memoria en el golfo de la Mala mujer, entre los cabos Albatel y Caxines.

Encuentran a un navío francés que los roba, y que sin tocar *en puerto alguno de España* se dirige *al estrecho de Gibraltar*, para restituirse *a la Rochela*, de donde procedía; pero no es tan cruel el pirata que no deje a los robados *el esquife*, con el cual arriban *a tierra de Vélez-Málaga*, y vuelven a pisar su patria. Relación tan circunstanciada y conforme, o se hizo con el diario del viaje en la mano, o se fingió con pleno conocimiento de los países descritos, de los sucesos contemporáneos, del arte de marear y de todos los ramos auxiliares de la Geografía. No todos los que viajan saben dar noticia tan cabal y exacta de lo que han

recorrido; y el hacerlo prueba conocimientos anteriores, sin los cuales se ve turbio y se narra peor. Por no ser tan peritos como Cervantes en estas materias, resbalaron escritores muy notables. Justino llevó al Océano la desembocadura del Ródano; y el gran Virgilio confundió a Farsalia con Filipos y a Emacia con los campos Hemios.

Igual convencimiento sacaremos analizando el relato que el morisco Ricote hace a su convecino Sancho Panza de las vicisitudes que había corrido y de sus ulteriores planes. Echado *de España* por la medida general de expulsión, se fué *a Francia*, donde tuvo buen acogimiento. Pasó después *a Italia*, y no satisfecho de su posición, se llegó *a Alemania*, en donde le pareció poder vivir con amplitud, pues los alemanes no se paran en delicadezas, y tienen *libertad de conciencia*. Dejó, pues, tomada casa *en un pueblo junto a Augusta* o Augsburgo, en Baviera. Veníase de incógnito a sacar el tesoro que dejó escondido en la Mancha, y

luego de recogerlo, pensaba escribir *desde Valencia* a su familia, que estaba *en Argel*, para que se trasladase a un puerto *de Francia*, en el cual se reunirían e irían a su casa *de Alemania*. Ya se atiendá a la propiedad geográfica, ya al enlace de los hechos con los sucesos de aquel tiempo, ya a las ventajas y hospitalidad que los expulsos hallaron en los tres países que cita, no cabe una narración más puntual, a pesar de que habla de algunos Estados que no había visto sino con el ojo de la Geografía.

Pensar que tenga el menor descuido, aun en las pequeñeces más menudas, es excusado. El lugar de *Tirteafuera* le pone exactamente *a la derecha mano como vamos de Caracuel a Almodóvar del Campo*. La vecindad de *Miguelturra* a Ciudad Real, y de *Vélez-Málaga* a la costa, no pueden estar más terminantes. Igual exactitud hay en poner a Sargel *veinte leguas* al occidente de Argel; la puerta de *Babazón* de esta última ciudad *junto a la marina*, y la Cuesta Zule-

ma a *poca distancia* de Alcalá. Ni es menor su acierto al suponer las naturales salidas del centro de Sierra Morena *al Viso y a Almodóvar*.

En nueve capítulos, desde el 23 al 31 de la primera parte, nos refiere los sucesos acaecidos en Sierra Morena, y en tan larga y varia exposición ni una sola palabra se le escapa que desdiga de la naturaleza del terreno, habiendo tantas aplicadas a describirlo. El sitio era en el centro de la sierra: ¿qué modo mejor de decirlo que con las significativas palabras de *entrañas y corazón* de ella? Era un paraje desierto: por eso lo llama *parte escondida*, de la que es difícil *acertar a salir*, y donde para no perderse es necesario *dejar mojones* o señales que sirvan de rastro. Era un despoblado: pues bien lo califican las frases de *lugar inhabitable, remoto y apartado del trato común; soledades pocas o ningunas veces pisadas* del hombre. Se trataba de una de las sierras o cordilleras más agrias: ¿hay cosa más pro-

pia que figurar aquí una *alta montaña*, allí *otras muchas* que la circundan, acá *malos pasos*, allá un *lugar escabroso*, por este lado *peñas y riscos*, por el otro un *peñón tajado*, y por todas partes *malezas y asperezas*, que no conceden andar *tanto a los de a caballo como a los de a pie*? En tan intrincados bosques, llenos de vetustísimos *alcornoques* y abundantes de *retamas*, sólo podían sustentarse *cabras, lobos y otras fieras*; y aunque no deja de haber sitios *apacibles*, con frescos *pradillos* y claros *arroyos*, donde, a más de los *árboles silvestres*, hay *flores y otras plantas*, es inexcusable, sin embargo, andar *de risco en risco y de mata en mata*.

La descripción topográfica de la cueva de Montesinos está redactada con tal inteligencia, que, aun siendo fingida, parecería cierta a los que, desconociendo las localidades, fuesen peritos en los principios generales de la ciencia. He aquí los caracteres de esta caverna, una de las muchas grutas notables de nuestro país. Situación geográ-

fica: *está en el corazón de la Mancha*; y, en efecto, tiene casi equidistantes los extremos de ella: Uclés al Norte, Tarazona al Este, Montiel al Sur y Fuentefresno al Oeste. Boca: *es espaciosa y ancha*, pero obstruída por el no uso y abandono. Producciones vegetales: *llena de cambroneras y cabrahigos, de zarzas y malezas espesas e intrincadas*; plantas propias de semejantes lugares. Zoología: *salieron por ella infinidad de grandísimos cuervos y grajos*, y entre ellos *murciélagos*; animales que buscan la lobreguez y lo escondido de las breñas para su habitación, y que al ruido de los que por allí se abren paso suelen abandonar su albergue. Circunstancias de lo interior: *a los doce o catorce estados a la derecha hace una concavidad*; por ella se metió D. Quijote, y asfixiado con la mala respiración, cae en un sueño profundo, en el que se imagina las estupendas visiones que después cuenta. A quien no contente el relato de nuestro autor, que ose corregirle.

Como el origen, hundimiento y reaparición del río Guadiana había sido asunto de controversias entre los geógrafos, y como este paso subterráneo y puente natural se había hecho objeto de vanidad española y de vulgares anécdotas (1), D. Quijote entra en la cueva de Montesinos con el designio de inquirir *el nacimiento y verdadero manantial de las lagunas de Ruidera*; y el estudiante que le acompaña da por bien em-

(1) Tanto admiraba el fenómeno del hundimiento del Guadiana, que no hay libro antiguo de maravillas que no hable de él con encarecimiento. El alemán Samuel Grosser, en su *Geographia quadripartita*, dijo con cierto énfasis: *Gloriantur hispani de ponte in quo magno ovium gregi pabulum quotannis gignitur, et intelligunt meatum subterraneum Anæ fluvii*. Y nuestro embajador Rui González Clavijo contaba, orgulloso, en la corte de Tamerlán, año 1403, que su rey, Enrique III, tenía *un puente de 40 millas en largo, sobre el cual pacían 2.000 cabezas de ganado*.

pleadísima la jornada por haber granjeado el saber *con certidumbre el nacimiento del río Guadiana, sus mutaciones, y de las lagunas de Ruidera.*

Bajo la parábola caballeresca del escudero, la dueña, sus hijas y sobrinas, nos da noticias del río y de las lagunas. Cuenta *siete* de éstas, pertenecientes a *los reyes de España, y dos a los caballeros de la Orden de San Juan*; pues aunque se han llegado a numerar hasta *quince* en tiempos posteriores, suelen quedar secas algunas en la estación del calor, y es probable que en los veranos áridos a que Cervantes se refiere sólo hubiese nueve con agua. Así lo persuade la noticia circunstanciada que en diferentes pasajes da de este terreno y del alterado curso del río, descrito en esta erudita metáfora: «El escudero, *convertido en río, cuando llegó a la superficie de la tierra se sumergió* de pesar por dejar a su amo; mas habiendo de acudir *a su natural corriente, de cuando en cuando sale y se mues-*

tra; le van administrando de sus aguas las referidas lagunas, con las cuales y otras muchas que se llegan entra pomposo y grande en Portugal, si bien por dondequiera que va muestra su melancolia y no se precia de criar peces regalados y de estima, sino burdos y desabridos.» En tan breve cuadro tenemos el número y pertenencia de las lagunas, el origen y surtimiento del río, su filtración y vicisitudes, su caudal respetable, su curso al vecino reino, la falta de amenidad en sus riberas y la ordinariez de su pesca. ¿Dicen más, ni aun tanto, muchos escritores de Geografía? ¿No se necesitan más palabras para decir lo que contiene que para copiar su contenido?

Rasgos característicos de varios pueblos y acertadas indicaciones de su civilidad o rudeza, de sus calidades y costumbres, los hay en abundancia y bellamente delineados. Para dar a conocer los habitantes del partido de Sayago (que es un territorio de sesenta pueblos en la provincia de Zamora,

entre esta capital y Ciudad Rodrigo) como gente tosca y zafia, supone que Dulcinea, encantada, se ha convertido *en una villana de Sayago*. Lo inculto del lenguaje de aquellos naturales lo contrapone a la pulida locución de Toledo, diciendo *que no hay para qué obligar al sayagüés a que hable como el toledano*; y para explicar que la causa del buen estilo no está en la naturaleza, sino en la educación, advierte *que no pueden hablar tan bien los que se crían en las Tene-rias y en Zocodover como los que se pasean casi todo el día por el claustro de la iglesia mayor, y todos son toledanos*; y añade que el lenguaje puro, propio, elegante y claro está en los cortesanos discretos, *aunque hayan nacido en Majalaonda*, es decir, en la más pobre aldea.

Explicando en la canción de Altisidora el carácter cruel y duro del amante, pregunta si se ha criado *en la Libia o en las montañas de Jaca*; haciendo a los del Alto Aragón, con los africanos, tipos de la brusquez y del

temple bravo. La habilidad proverbial de los vizcainos como pendolistas y calígrafos nos la recuerda en el elogio que hace el gobernador Sancho de su secretario, asegurando *que bien puede ser secretario del mismo emperador*. El carácter de los habitantes de la Mancha lo define así: *La gente manchega es tan colérica como honrada, y no consiente cosquillas de nadie*. Acaso aluda en esto a la propia experiencia de las camorras ocurridas en la Argamasilla.

¿Y había de olvidar el verso humilde que constituye la poesía española vulgar y la recreación ordinaria de los castellanos? Oigámosle cómo explica, en la ideal Candaya, los admirables efectos de nuestras *seguidillas*, de este modo inimitable: *Allí era el brincar de las almas, el retazar de la risa el desasosiego de los cuerpos, y finalmente el azogue de todos los sentidos*. Leyendo estas imágenes sublimes nos parece estar gozando de la visión intuitiva de nuestro baile nacional: el meneo incesante de cabe-

za, brazos y piernas; las lúbricas contorsiones de la cintura; los brincos, trenzados y vueltas; el acercarse y desviarse, ya de frente, ya al soslayo; la animación de los semblantes; el centelleo de las miradas; la palpitación de los corazones y el ser, todo viviente, de los bailarines; el repiqueteo de las castañuelas; los arrastres y redobles de la pandereta; de las metálicas sonajas, los penetrantes sobreagudos; la armonía eléctrica del guitarrillo; la sandunga de las cadencias de la voz; el chiste de los cantares, picante y sentencioso, y los ¡alza!, ¡hala!, de los espectadores; todo, todo, nos lo pone de manifiesto el sobrehumano descriptor.

La aventura de los molinos de viento, una de las primeras en la historia quiijotesca, nos recomienda el buen juicio de Cervantes bajo dos aspectos puramente geográficos: por la comarca en que habla de los artefactos y por la época en que lo hace. La Mancha es escasa de manantiales y de ríos perennes, de lo más árido y seco de la Penín-

sula; nada más en el orden que poner molinos de viento donde los de agua se hallaban a tan largas distancias, que desde el Pedernoso, el Quintanar, la Mota y el Toboso, iban a hacer harina nueve y diez leguas, hasta las aceñas del Júcar y del Tajo. Al tiempo en que Cervantes escribía precedieron sequías tan continuadas en la Mancha, que el Záncara no corrió cuarenta años seguidos, y éste debió ser el motivo y ésta la época del establecimiento de los molinos de aspas, pues en 1570 sólo los había en el Pedernoso, que no bastaban para el pueblo, y en 1604 ya nos habla como de cosa reciente y notable de los *treinta o cuarenta molinos* que había en el campo de Montiel.

Denominaciones y pasajes geográficos hay en el *Quijote* que necesitan alguna explicación por lo que han variado las circunstancias. Dos de aquéllas son hoy desconocidas, a causa de haberlas proscrito los autores, y de haberse borrado la demarcación que representaban. *La Mancha de Aragón*, por

donde andaba el titiritero maese Pedro, se llamó *Mancha de Monte Aragón* hasta el tiempo de Florián de Ocampo; no porque tuviese dependencia del reino de Aragón, ni del monasterio célebre de su título, ni de la villa de Montaragón, sino por un cerro que había en las sierras, nombrado Montearagón. Comprendía la parte de país manchego que media desde Belmonte a la sierra de Cuenca, agregado ahora a la Mancha Alta.

La frase *Asturias de Oviedo*, que hoy parece un pleonismo, era entonces necesaria para distinguir la parte occidental del principado de la más oriental, que se decía *Asturias de Santillana*, partición que se subdividía en las célebres cuatro *sacadas*.

También ofrece dificultad la interjección *¡voto a Rus!* que usa el decidor de Sancho. Quizás se refiera este extraño porvida al antiguo castillo de donde fué natural Clemen Pérez de Rus, el primero que fundó casas en la villa de San Clemente de la

Mancha, a cuyo oriente legua y media subsisten aún la aldea, el arroyo y la Virgen de Rus.

Más claras están las alusiones en la bendición que el mismo escudero echa a su amo, viéndole bajar a la cueva como un desesperado. *Dios os guie* — exclama — *y la Peña de Francia, junto con la Trinidad de Gaeta*. Nuestra Señora de la Peña de Francia era un santuario y convento de dominicos fundado a principios del siglo XV en término de la Alberca, al norte de las Batuecas, provincia de Salamanca. La Trinidad de Gaeta era otro monasterio dedicado a la Santísima Trinidad en aquella ciudad del reino de Nápoles, muy conocido y venerado por aquellas costas.

Chispazos brillantes de Geografía saltan por otras muchas páginas de la sin par historia. Cuando el canónigo habla al cura de los disparates y embustes de los romances caballerescos, no se muestra lego advirtiendo la falta de unidad en el drama cuyo hé-

roe *hoy anochece en Lombardia* y mañana amanece *en tierra del Preste Juan de las Indias, u en otras, que ni las describió Ptolomeo ni las vió Marco Polo*, geógrafo distinguido y universal el primero, y viajero el segundo de los más afamados y antiguos (1). Y no se olvide que equiparando Cervantes la tierra del Preste Juan con las no descritas ni vistas por los mejores geógrafos y viajeros, da a entender la poca fe que le merecían las relaciones sobre aquel personaje incierto, que parece fué un príncipe nestoriano, cuyos dominios desaparecieron confundidos en las conquistas de Gengiskan.

Por doquiera que abramos el libro del

(1) Más de un siglo antes que el veneciano Marco Polo, que viajó en 1296, lo hizo el judío español Benjamín de Tudela, muerto en 1173; pero estos viajes no han sido tan celebrados, ya por referirse a la gente de religión hebrea, ya por haberse dudado de su autenticidad, ya porque era español el autor y española la gloria.

Quijote hormiguean destellos de erudición geográfica. ¿No se necesita ser conocedor de la temperatura y cualidades médicas de la atmósfera aragonesa, para atribuir la pérdida de algunos dientes de la dueña Rodríguez a unos catarros que en la tierra de Aragón son tan ordinarios? ¿Qué tres parejas de ríos mejor concertadas que las que pone en la canción de Altisidora, haciendo a Dulcinea famosa

Desde *Henares a Jarama,*
Desde *Tajo a Manzanares,*
Desde *Pisuerga hasta Arlanza?*

¿Ni qué prueba mayor de interés por la ciencia, que celebrar satisfecho las grandes empresas de *César en el paso del Rubicón,* y del cortesísimo *Cortés en el Nuevo Mundo,* que tanto pábulo dieron a los progresos de la Geografía y de la Náutica?

Observador por temperamento, nuestro Cervantes, a lo mucho que debía a una vasta lectura, añadió mucho más que le ense-

ñó el trato de gentes. Así es que sabía cuán frecuente es en Castilla que los pueblos designen a sus comarcas con apodos y nombres burlescos, origen de rancias enemistades y de no pocas pependencias. Por eso finge la batalla campal de los del *pueblo del rebuzno*, y supone que el pacificador D. Quijote les dirige estas alocuciones de paz y de orden: las injurias particulares nunca ofenden a un pueblo entero, como no daña a Zamora que hubiese en ella un Vellido regicida; sería necedad el que se matasen *los del pueblo de la reloja* con quien se lo llama, ni los *cazoleros*, *berenjeneros*, *ballenatos*, *jaboneros*, ni los de otros nombres que andan en boca de gente de poco más o menos (1).

(1) Entre los ejemplos que de aquel tiempo omite, y los que del presente pudieran añadirse a esta nomenclatura geográfico-burlesca, están *los del peine* (Jadraque), *los del pájaro* (Baena), *los brujos* (Barahona), *los judios* (Huete), *los mantequeros* (Casti-

De todos estos pueblos, aunque consta que eran *insignes* o principales, no tenemos hoy memorias suficientes para conocerlos por sus mote. Sólo se sabe que *cazoleros* o *cazalleros* eran los de Valladolid, así apellidados por Agustín de Cazalla, su paisano, quemado por jefe de la propaganda luterana en 1559; *berenjeneros* los de Toledo, por la abundancia de berenjenas que allí se criaban y la afición de los habitantes a comerlas; y *ballenatos* los de Madrid, porque diz que creyeron ballena una albarda que bajaba por la corriente del Manzanares. Los *de la reloja* se presume que fuesen los de Astorga, Benavente o Medina del Campo, donde hubo relojes de extraña construcción, y los *jaboneros* pudieron ser los de Yepes, Ocaña o Getafe, que fabricaban y conducían mucho jabón para las ferias de Castilla. De los *del rebuzno* únicamente puede decirse

llejo del Romeral), *los candileros* (Valdara-cete), etc., etc,

que era pueblo insigne hacia la Mancha de Aragón o por la serranía de Cuenca.

Por último, la erudición historiográfica del autor del *Quijote* se nos presenta en todas sus formas gigantescas, y con los atavios más preciosos de elegancia, sublimidad y pureza de estilo, cuando en el desvarío del héroe le hace ver en las manadas de carneros, aguerridos y combinados ejércitos. De una parte divisa a las huestes acaudilladas por los señores y príncipes *de las tres Arabias* (desierta, petrea y feliz), *de la nueva Vizcaya, del Algarbe y de Utrique* (así le llamábamos entonces a la que hoy decimos Utrech); de otra percibe a los moradores *del río Janto* (Secamandro), *de los marsílicos campos y de la felice Arabia*; por acá ve a los *númidas, dudosos en sus promesas; los persas, en arcos y flechas famosos; los partos; los medos, que pelean huyendo; los árabes, de mudables casas; los citas (scythas), tan crueles como blancos; los etíopes, de horadados labios, y otras naciones*

cuyos rostros conocía; por allá los que moran en *el olivífero Betis, en el rico y dorado Tajo, en el de provechosas aguas divino Jénil, en los tartesios campos de pastos abundantes, en los ellseos jerezanos prados, los manchegos ricos coronados de rubias espigas, los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda; los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente; los que ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso; los que tiemblan con el frío del silvoso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apennino, y cuantos toda Europa encierra. ¡Qué facundia! ¡Qué pureza!*

Un libro, y no pequeño, comprende esta narración fantástica; porque cada palabra es un pensamiento grande, cada proposición una consecuencia de vastos conocimientos, y cada adjetivo la quinta esencia de lo que constituye el genio y los rasgos memorables de los pueblos, de lo que de-

termina la descripción de los objetos. Otro que no fuera Cervantes había menester un volumen para decir lo que él reduce a tan breves líneas. Bien hizo el conocedor Capmani en poner este trozo como modelo de elocuencia; y con razón creemos haberlo reservado nosotros para el fin, como el argumento príncipe de nuestro teorema, coronación digna de nuestra obra monumental. Es imposible el concebir más; es portentoso el decir tanto, tan bien expresado y con igual precisión.

En efecto : ¿qué idea falta ni qué palabra huelga en cada una de las calificaciones? ¿Puede explicarse mejor los dones que Granada debe al Jenil, causa de las delicias y riqueza de su vega, que llamándole *rio de provechosas aguas, rio divino*? ¿Cabe una alquimia de conceptos como definir a los vizcaínos pintándolos *de hierro vestidos*, llamándolos *reliquias de la sangre goda, y reliquias antiguas*? Pues en representar al Guadiana como que debe la celebridad a su

escondido curso, como el más *tortuoso* de los ríos de España, y atravesando las *dehesas extendidas* de Extremadura, hay un mérito que parece sobrehumano, en que lo geógrafo compite con lo hablista. Mas son tantos y tales los testimonios en abono de nuestro intento, que con otra extensión y con mejor cortada pluma quedaria el autor del *Quijote* muy beneficiado, y el público doblemente complacido. En lo que no cedemos al orbe literario entero, es en celo ardiente por la honra de nuestro ídolo; celo del cual es una pequeña muestra la presente producción.

Aquí tenéis, españoles entusiastas de nuestras glorias, patricios en desentrañarlas consumados, ciudadanos de vuestros conciudadanos ilustres admiradores, panegiristas del verdadero mérito, y todavía más apasionados del que veis sin premio y abyecto, aquí tenéis ensalzado al divino CERVANTES sobre las esferas, haciendo el papel de que es digno entre los Estrabones,

los Ptolomeos, los Plinius y los Melas, y ocupando un puesto distinguido al lado de Enciso, Giraba, Tarafa, Chaves, Medrano, Esquivel, Labaña, Mendoza, Mármol, Zaragoza, Murillo, Cañaveras, Lemur, Flórez, Loperráez, Aguirre, Ciscar, Juan, Ulloa, Laborde, Casaus, López Antillón, Verdejo y demás escritores geógrafos de nuestra España. Menguadas serían mis fuerzas para elevarle a tanta altura, si el vuelo de su ingenio y las alas de su fama no le hubieran hecho subir a lo más alto del empireo. Allí está escrito lo que hemos entresacado de su libro celestial; allí también debe escribirse con caracteres indelebles esta verdad eterna :

MIGUEL DE CERVANTES

Perito en Geografía.

APÉNDICE I

Don Fermín Caballero tuvo, como todos los hombres excepcionales, la conciencia de su valer. Pensando, sin duda, en que no habían de faltarle biógrafos, dejó materiales muy abundantes para el estudio de su fecundísima vida. Entre esos materiales, que hemos tenido ocasión de examinar, figuran los juicios emitidos acerca de *Pericia geográfica de Cervantes* por varios escritores contemporáneos del autor de tan erudito y galano opúsculo. Hasta los críticos más descontentadizos reconocieron que este librito revelaba sabiduría, ingeniosidad y un magistral dominio del idioma y de sus bellezas.

1875
The first of the year
was a very dry one
and the crops were
very poor. The
winter was also
very cold and
the snow was
very deep. The
spring was also
very dry and
the crops were
very poor. The
summer was also
very dry and
the crops were
very poor. The
autumn was also
very dry and
the crops were
very poor. The
winter was also
very cold and
the snow was
very deep. The
spring was also
very dry and
the crops were
very poor. The
summer was also
very dry and
the crops were
very poor. The
autumn was also
very dry and
the crops were
very poor.

JUICIOS EMITIDOS

acerca del libro

PERICIA GEOGRÁFICA DE CERVANTES

por escritores contemporáneos

de D. Fermín Caballero.

En la *Historia de la Literatura española* del angloamericano Ticknor, traducida al castellano por los Sres. Gayangos y Vedia, al tomo II, pág. 222, hay una nota en que, hablando del estudio que había hecho Cervantes de las costumbres picarescas de su tiempo, se dice: «D. Fermín Caballero, en un folleto muy agradable (*Pericia geográfica de Cervantes*, Madrid, 1840, 12.^o), observa el primor y exactitud con que este escritor ilustre designa las localidades de las principales ciudades de España que eran el

punto de reunión de todos los bribones y gente perdida (pág. 75). Entre ellas descolaba Sevilla.»



Don Francisco de Paula Noriega, español establecido en París, publicó allí, en 1848, un librito titulado *Critique et défense de Don Quichotte*, en el cual, desde la página 246, traduce al francés gran parte del folleto de Caballero, y dice: «Tal es el título (*Habilité géographique de Cervantes*) con que D. Fermín Caballero presenta a Cervantes a sus admiradores, en un elegante opúsculo, lleno de erudición (Madrid, 1840). Éste ha sido para nosotros un buen hallazgo. Persuadidos que el espiritual Sr. Caballero no lo llevará a mal, le tomamos algunos de sus lucidos trozos, en los cuales él pone de relieve la aptitud y la experiencia geográficas del inmortal autor de *Don Quijote*, asunto inacabable, siempre nuevo, y el solo siempre nuevo.» Y a la página 285 añade:

«Aquí concluye el Sr. Caballero, a nuestro pesar. Él piensa que otro lo hubiera hecho mejor; pero nosotros no aceptamos ese rasgo de noble modestia. Sin embargo, simpatizamos de tal modo respecto a Cervantes, que sería debilidad personal el deshacernos en elogios de la obra del Sr. Caballero, y nos limitaremos a darle gracias cordialmente por haberse hallado tan en coyuntura de ayudarnos, porque mejor que ninguno otro hasta ahora enseña a conocer y a gustar a nuestro inmortal autor. Sin apelar a la grande erudición de que ha dado prueba en su ameno opúsculo el Sr. D. Fermín Caballero, creemos debernos asociar a su patriótico entusiasmo y colocar con él a Cervantes en el rango de los Enciso, Giraba... y otros geógrafos de nuestra España.»



«Si mi *Pericia* — dice D. Fermín en unos apuntes manuscritos inéditos—mereció ele-

gios de propios y de extraños por el digno pensamiento de ensalzar a la mejor pluma española y la manera en que lo hice, no faltó quien se propusiera criticarla. *Un corresponsal de los muertos* publicó un folleto de 32 páginas, con el título de *Aparición nocturna de Miguel de Cervantes a D. Fermín Caballero*, en el cual, haciendo alarde de gracejo, que le falta, y partiendo del equivocado supuesto de que yo quise probar que Cervantes escribió de Geografía escribiendo el *Quijote*, ensarta mil insulseces y fruslerías para venir a parar en que no debía ser nombrado diputado a Cortes en las próximas elecciones, dando por razón que había aceptado un puesto en el Ministerio de la Gobernación, a pesar de tener certeza de que yo era un *verdadero liberal, decidido y de probidad*. Se imprimió este folletín en Madrid, 1841, imprenta de Pita, y creo existan pocos ejemplares, fuera del que yo compré.»

Don Nicolás Díaz Benjumea, en un artículo de bibliografía que publicó en *El Español de Ambos Mundos*, Londres, 19 de enero de 1861, plana 4.^a, columna 1.^a, relativo al *Quijote*, con motivo de la contienda literaria entre el inglés Bowle y el italiano Baretto, o sean *Tolondrón* y *El Escudero Italiano*, dice de los que han comentado y ensalzado a Cervantes: «En la historia de este libro hemos visto diversas manifestaciones del entusiasmo producido por sus lecturas. Caballero muestra la pericia geográfica de Cervantes y lo compara al cosmógrafo Ptolomeo; Morejón se pasma al considerar sus conocimientos en la Medicina y le equipara a Hipócrates; uno admira sus nociones en el arte de la guerra, y no temería ponerlo de par con los más hábiles generales; otro...; pero tales manifestaciones de entusiasmo no son más que monomanías críticas, que a veces más perjudican que favorecen a Cervantes; porque nadie estudiará la Geografía, la Astronomía, la Náutica ni el arte militar

por el *Quijote*, al paso que es pueril asombrarse de que autor tan famoso hablase con discernimiento en todas las materias que trataba: estas monomanías, repetimos, no dan derecho a rebajar ni poner en ridículo opiniones más serias, siquiera se presenten con el carácter de especulativas.»

«Perdone el Sr. Benjumea — responde D. Fermín — que le rectifique, y concediéndole que el entusiasmo por Cervantes y el deseo de glorificar esta singularidad española nos haya producido monomanías a algunos patricios, no puedo convenir en que sea pueril asombrarse de que un escritor hable con perfección de todas las materias que se enlazan en su libro. Pues ¡qué!, ¿no conocemos obras eminentísimas, clásicas en su género, que sirven de guía en determinadas ciencias y artes, que, fuera del asunto principal, abundan en defectos y prueban que si el autor era un matemático sublime, un astrónomo de non, un poeta inspirado, no tenía el mérito de un lenguaje correcto,

ni los suficientes conocimientos históricos, filológicos, críticos, etc.?»



Don Jerónimo Borao, abogado-literato de Zaragoza, en un artículo de «Variedades» que publicó *La Iberia* del 15 de diciembre de 1863 sobre las ediciones del *Quijote*, de Rivadeneyra, dirigidas por Hartzzenbusch, dice: «Mas antes haremos notar lo que llamaremos *Aritmética del «Quijote»*, en cuya ciencia sería difícil declarar profesor a Cervantes, como lo ha sido ingeniosamente en Geografía por D. Fermín Caballero.»



Don Mariano Pardo de Figueroa, en un artículo que vió la luz en el periódico de Madrid *La Unión*, en 22 de febrero de 1864, escribe: «Y antes de dejar la pluma diremos que conocíamos un trabajo literario del Sr. Caballero, titulado *Pericia geográfica de Cervantes*. Este libro, aunque revela eru-

dición, ingenio y estudio profundo del *Quijote*, no hace más que entretener y agradar al lector. El de *La población rural* es la antítesis de aquél; no es libro escrito como quien escribe una oda para obtener un premio académico.»



En la edición del *Quijote* que D. Jerónimo Morán hizo en la Imprenta Nacional en 1863 - tres tomos folio marquilla -, hay dos pasajes en que se habla de *Pericia geográfica*: uno en el tomo III, pág. xv, en que, refiriendo los comentadores del *Quijote* y sus propósitos, expone: «Este mismo sentimiento, aunque en terreno no peligroso, fué, sin duda, el que llevó a Mr. Gayot de Vitabal a presentar a los jueces en su obra de las *Causas célebres*, como aprovechable modelo en casos extraordinarios, los ingeniosos juicios de Sancho Panza en el gobierno de la insula; el que hizo encontrar al ya citado Hernando Morejón tan profun-

da doctrina en el *Quijote* respecto a un punto importante de materia médica; el que movió, no hace muchos años, al Sr. D. Fermín Caballero a sustentar la *Pericia geográfica de Cervantes, demostrada con la historia de D. Quijote de la Mancha*, por medio de un apacible opúsculo que lleva aquel título.»

Y en el mismo tomo III, pág. 390, en la *Adición* a la noticia bibliográfica de las ediciones del *Quijote*, se lee lo siguiente : «Poco después escribió D. Fermín Caballero una obrita sobre la *Pericia geográfica de Cervantes, demostrada con la historia de D. Quijote de la Mancha*, que se imprimió en Madrid en la imprenta de Yenes, en 1840, en 8.º. Ya se le había considerado como fecundo fabulador, excelente moralista, profundo filósofo y hábil médico. Faltaba considerarle como buen geógrafo. Caballero manifiesta que si se recogen las descripciones de lugares que hay en el *Quijote*, si se examinan las frases y periodos geográficos en él contenidos, de la comparación

metódica y análisis crítico de todos estos pasajes quedará evidenciado que no se mostró menos aventajado en Geografía que en tantos otros conceptos. Prueba que Cervantes debía ser geógrafo: 1.º Por su organización física, por sus largos viajes y por el plan de su obra maestra, y que acreditó serlo. — 2.º En la elección de teatro para las hazañas de su héroe, en indicar lugares que describe y no nombra. — 3.º En enumerar principios de Geografía matemática y natural. — 4.º En dar a conocer la topografía, las costumbres y las particularidades de muchas gentes y pueblos. Prueba lo primero demostrando que, si son ciertas las reglas de la Frenología, la estructura huesosa del cráneo de Cervantes indica cuán desarrollado tenía el órgano de las localidades, y leyendo sus escritos se palpa la correspondencia íntima de esta disposición orgánica con sus inclinaciones y conocimientos. Apenas se presenta interlocutor en el *Quijote* que no empiece expresando el lugar

de su nacimiento y origen. *Florenxia* es la primera palabra que pronuncia el autor de *El Curioso impertinente*; el cautivo dice, desde luego, que desciende *de un lugar de las montañas de León*; el bachiller Alonso López, el médico Pedro Recio, el labrador que pide justicia al gobernador Sancho, D.^a Rodríguez, Dorotea y Cardenio, hasta las mozas de mal vivir que se encontró don Quijote en la venta, todos expresan su patria. Esta disposición debió perfeccionarse con la instrucción que dan los viajes; y para esto el autor del folleto recorre la vida del inmortal novelador, indicando los muchos países de España y fuera que visitó en su vida errante.

»Entra luego a explicar la segunda reflexión: el tino de Cervantes en elegir teatro para las hazañas de su héroe no pudo ser mayor. Yendo en busca de endriagos, gigantes, follones y malandrines; queriendo favorecer a doncellas menesterosas o robadas, desfacér, en fin, entuertos y agravios,

ningún país más a propósito para estas aventuras que uno abundante en despoblados, ventas, florestas, gargantas y pasos de sierras, encrucijadas y las solitarias orillas del mar. Cójase el *Quijote* en la mano y véase si no reunía estas circunstancias el país elegido. La ruta que trazó Cervantes a D. Quijote para ir de la Mancha a Aragón y para volver de aquí a su país natal, ha fijado la atención del Sr. Caballero, pues caminó, según parece, por las sierras de Cuenca y Albarracín, cruzando los pinares de Almodóvar, la tierra de Cañete y el campo de Cariñena, y a su regreso tomó más al Occidente, por la comunidad de Calatayud, señorío de Molina, tierra de Beteta y ribera del Gigüela. «Caminos eran éstos tan excusados — dice —, que con razón los prefirió el ingenioso hidalgo a la carretera de Sevilla, por donde quisieron llevarlo Vivaldo y los otros caminantes. Trochas eran éstas propias de gente aventurera, que aun en nuestros días han servido de vereda a los

»facciosos para mantener perpetua comuni-
»cación entre el Bajo Aragón y la Mancha.»
También le parece oportunísimo y bien des-
crito el sitio elegido para la penitencia de
nuestro famoso hidalgo, que, aunque no pa-
rece sino designado con la expresión vaga
de *corazón y entrañas de Sierra Morena*,
confrontando circunstancias y dichos viene
a deducirse que fué al norte de La Carolina,
hacia el nacimiento del pequeño río Maga-
ña, «sitio — añade más adelante — adecua-
»do bajo diferentes aspectos históricos y to-
»pográficos. Era lo más áspero y escondido
»de la celebrada sierra; era, además, un pun-
»to notable e inequívoco, cresta divisoria
»entre Castilla y Andalucía, entre las cuen-
»cas del Guadiana y del Guadalquivir, y coto
»medianero entre los mojones trifines de Cas-
»tilla, Murcia y Jaén, y de Castilla, de Jaén
»y de Córdoba, y había sido límite también
»entre las dos Españas, árabe y cristiana. ¿Y
»quién sabe si el fecundo creador Cervan-
»tes quiso colocar a su héroe, para el acto

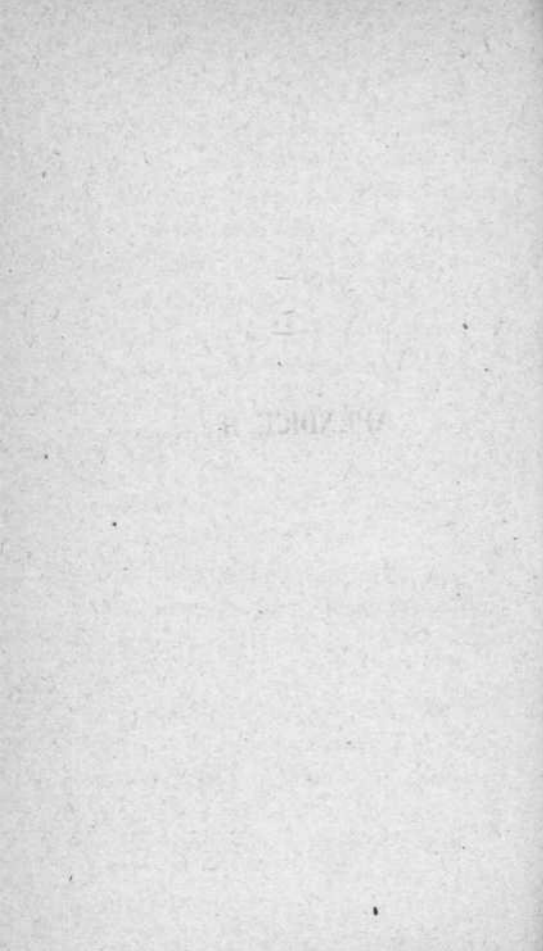
» más grave y solemne de la andante caba-
» llería, en el país mismo que era clásico por la
» batalla de las Navas de Tolosa, y que des-
» pués por la de Bailén ha crecido en celebri-
» dad? Con razón puede decirse ahora que en
» aquel territorio privilegiado venció España
» tres grandes potencias que la tiranizaban:
» los sarracenos en 1212, los libros caballe-
» rescos en 1615 y los franceses en 1808. Dos
» de estas victorias costaron sumas cuantio-
» sas y mucha sangre humana, mientras Cer-
» vantes ganó la suya sin otro aparato que
» su péñola, dirigida por su divina fantasía.»
Iguales reflexiones hace acerca del castillo
del Duque y de la situación de la ínsula Ba-
rataria, que dice ser, el primero, el castillo
y jardines de Buenavía, junto a Pedrola,
mansión de los duques de Villahermosa, y la
segunda, el pueblo de Alcalá de Ebro. Prue-
ba la tercera proposición demostrando, por
muchos pasajes entresacados de la fábula,
que Cervantes conocía a fondo cosmógra-
fos y astrónomos de su tiempo, dando el

verdadero valor a las vulgaridades de la Astrología judiciaria, como indica la ironía con que alude al cuento del Dr. Torralba, el viaje hecho en el barco encantado y el episodio del *Clavileño*. La cuarta, examinando la riqueza topográfica que encierra el *Quijote*, y mostrando que es preciso confesar que Cervantes no cede a Homero en la propiedad de los epítetos; en juicio y exactitud, a Estrabón; en belleza y verdad, a cuantos más se han distinguido en describir la Tierra. De las producciones naturales y fabriles de cada pueblo hallaremos en el *Quijote* ejemplos tan repetidos, que ellos solos bastan para acreditar la lectura y los viajes del autor. El mapa picaresco de España, el catálogo de sitios que en las ciudades y pueblos grandes servía de centro a la gente corrompida y desalmada, lo sabía de coro; y no sólo, en mengua de su reputación, conocía el teatro de los vagabundos, sino también cita y describe los parajes más cultos, que prueban su universal lectura y ge-

neral trato. Nos habla de las ciudades con un profundo conocimiento de su sitio y objetos notables. Apenas hay cosa digna de llamar la atención de que no se aproveche para enlazarla con la serie de la fábula, dando chispazos brillantes de Geografía por todas partes. Observador por temperamento, a lo mucho que debía a su inmensa lectura añadió mucho más que le enseñó el trato de gentes, y esta erudición historiográfica del autor se presenta en todas sus formas gigantescas y con los atavíos más preciosos de elegancia, sublimidad y pureza de estilo, como cuando en el desvarío del héroe se le presentan las manadas de carneros como aguerridos y combinados ejércitos.

»Mil ejemplos presenta el Sr. Caballero en corroboración de sus asertos, que hemos suprimido por amor a la brevedad, pero que hacen su obrita digna de ser ojeada por los críticos y los apasionados de Cervantes.»

APÉNDICE II



Entre los papeles íntimos de don Fermín Caballero hemos encontrado estos apuntes autobiográficos de aquel grande hombre. Por ser de quien son, por el interés que tienen y por no haber sido publicados, nos ha parecido oportuno darlos a conocer con motivo de la aparición de *Pericia geográfica de Cervantes* en la BIBLIOTECA UNIVERSAL. Aunque en ellos hay claros, fácilmente perceptibles, ponen de manifiesto casi todas las fechas más notables de la vida de Caballero.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
540 EAST 57TH STREET
CHICAGO, ILL. 60637
U.S.A.

D. FERMÍN CABALLERO

Apuntes autobiográficos.

1800. — El 7 de julio, en la madrugada, nací en Barajas de Melo. Fué comadrón el cirujano Roca. El 12 de julio me bautizaron con los nombres de Fermín, Felipe, Antonio, Vicente.

1803. — Por este año me vacunaron, y creo fui el primero en Barajas a quien se aplicó el invento, entonces nuevo. Es el primer suceso de que hago ligera memoria, por la circunstancia del cirujano y del daño que me hizo.

1804. — Oí a mis padres que de niño, y por este tiempo, tuve tercianas y una enfermedad en que me sangraron. Conservo

idea de la sangría en la cuna, y conservo la cicatriz en la mano izquierda, hecha por el cirujano Enrique Moya, que más que sangría parece una lanzada, pues tiene cerca de una pulgada.

1805. — El 9 de septiembre me confirmó en Barajas el obispo Falcón y Salcedo.

1806. — Por este año, bajando corriendo desde la escuela, calle de la Solana, al llegar a las Cuatro Calles, venía por la de los Hornos, desde la plazuela de Piña hacia el Pajaro, corriendo en una caballería, José García del Hoyo, alias *Romerales*, y al cruzarnos en la esquina del tío Perico Maula, me atropelló, poniéndome la bestia una herradura en el oído izquierdo, que me reventó y perdí para siempre. El *Romerales* mató, años después, a un tal Garrido, y estuvo en presidio, y murió en Barajas, del cólera, en 1855.

1807. — En el otoño, pegando fuego a una bomba de pólvora, que había hecho, en la plazuela que había frente a la casa de Ga-

briel Alcalde, que es hoy corral de la misma, me quemé la cara atrocemente, quedándoseme toda en carne viva, sin cejas ni párpados.

1808. — El 8 de mayo me escapé a San Miguel de Huelves con Julián Loarte, y recuerdo que llevaba un sombrero con plumero encarnado, que me habían traído de Madrid.

1813. — Fui a estudiar Gramática a Valdecolmenas de Abajo, casa del tío D. José Alonso Duque; primera vez que dejé la casa paterna. Me acuerdo que al ir por el sitio de la vega que llaman el Pasadero, estaba el tío Casero haciendo y plantando su posesión.

1815. — El 22 de septiembre me ordenó de primera tonsura el obispo Falcón, diciéndome que no sería calvo como él. El siguiente día, 23 de septiembre, me examinaron y aprobaron de Gramática en el Colegio.

1818. — El 7 de abril prediqué en el Colegio de Cuenca mi primera plática sobre la

muerte. El 20 de septiembre prediqué, en Barajas, de la Virgen de los Dolores.

1819. — El 3 de febrero, a las siete de la noche, salimos de Cuenca, escapados, Pepe Gordo y yo. El 13 de junio, sermón de San Antonio de Padua, en Barajas; función del tío Juan Antonio. El 19 de septiembre, sermón de Dolores, en Barajas; función de mi madre.

1820. — El 23 de enero, acto para mi entrada en el Colegio de Málaga, de Alcalá de Henares. El 3 de abril prediqué en Barajas para la comunión de los niños. El 9 del mismo abril prediqué en la función del Ayuntamiento por la jura de la Constitución. El 22 de mayo, sermón del Pilar; función de Manuel Lorente Gitano. El 17 de septiembre prediqué de Dolores. El 1.º de noviembre me nombran capitán de la primera compañía de Milicia Nacional legal.

1821. — El 18 de marzo prediqué una plática en Santa María de Alcalá. El 15 de abril, sermón de Ramos, en la misma parroquia de Santa María, con gran concurso.

El 23 de mayo, a las ocho de la mañana, sostuve un acto público de Constitución en la Universidad de Alcalá, bajo la presidencia del Dr. Lumbreras. El mismo 23 de mayo, por la noche, me casé con Paula, en Madrid, casa del amigo D. Joaquín Manrique, calle de Toledo, esquina a la del Burro. El 20 de septiembre, Real orden permutándome los cursos de Teología por Cánones.

1822. — El 10 de junio recibí el grado de bachiller en Jurisprudencia en la Universidad de Alcalá. El 22 de septiembre, servicio con la Milicia en persecución de ladrones por la Salina de Belinchón. El 6 de octubre, nombramiento de profesor de Geografía y Cronología de la Universidad Central. El 16 de dicho octubre, gracias de la Diputación provincial de Madrid por el plan de división de la provincia que le presenté. El 18 de diciembre muere mi pobre madre en Barajas, en mis brazos y los de Paula.

1823. — El 21 de marzo me examiné de abogado en la Audiencia territorial de Ma-

drid. El 19 de mayo entré en el Ilustre Colegio de Abogados de la Corte. El 28 de agosto fui nombrado abogado de pobres.

1824. — El 11 de julio salí de Madrid para la Comisión del Estado de Malpica. El 16 del mismo, terrible caída por la rampa del castillo de Malpica, en que milagrosamente no perecí en el Tajo. El cura que lo presenciaba me echó la absolución. Noviembre: la Comisión militar de Chaperón prende en Barajas a mi padre, tío y otros parientes, como conspiradores, y tengo que venir a Madrid a escape, regresando a Malpica, porque la causa se hacía tablas. El oficial Hidalgo fué el que hizo las prisiones; después vino el fiscal Carbonell.

1825. — El 20 de julio, primera terciana en Valmojado, regresando de San Martín de Pusa y Malpica.

1826. — El 18 de marzo, a las diez de la noche, horrible incendio en Barajas, casa del tío Fraile y la tía Romana, medianería de la de mis padres. Supe en Madrid el peligro.

1827. — El 24 de enero, nombramiento de oficial de la Contaduría de Malpica, con 6.000 reales.

1833. — El 9 y 11 de marzo, compra a censo y posesión de la dehesa de Lobiniillas. El 3 de junio, la Junta de Comercio de Madrid me nombra redactor en jefe del *Boletín de Comercio*.

1834. — Por Real decreto de 9 de febrero, comunicado el 13, se me nombra individuo de la Comisión de División territorial. El 1.º de mayo fundo el periódico *Eco del Comercio*, que tan famoso llegó a ser y tan antiguo. El 23 de dicho mayo me nombra Su Majestad oficial tercero-segundo de la Secretaría del Consejo Real, que no acepté. El 30 de junio soy elegido procurador a Cortes por Cuenca y por Madrid. El 13 de noviembre murió mi padre en Barajas, dejando de segundas nupcias dos hijos y una póstuma.

1835. — El 17 de marzo me nombra el Gobierno para que le proponga un plan de

censo de población. El 16 de junio, la Junta general de accionistas de los Cinco Gremios de Madrid me nombra, por 78 votos, para la Comisión que había de proponer el arreglo definitivo. El 3 de agosto, el Ayuntamiento de Madrid me nombra su adjunto para el cambio de perpetuo en electivo. Del 17 de agosto al 18 de septiembre, oculto en Madrid y Villaviciosa por las ocurrencias políticas.

1836. — Antes del 12 de febrero, suceso con el general Bretón, que quiso atropellarme por un artículo del *Eco*.

1838. — El 18 de octubre, escritura de partición de Lobinillas entre Montenegro y yo.

1840. — El 4 de noviembre, jefe de Sección del Ministerio de la Gobernación, por Cortina.

1841. — El 1.º de septiembre cambia el destino de jefe en oficial tercero-primero de dicho Ministerio, en que cesé por renuncia, admitida el 19 de febrero de 1842.

1842. — El 18 de octubre se bendijo y

manó la fuente de Barajas, por que tanto me afané más de dos años.

1843. — El 26 de marzo compré los bienes del clero de Barajas para repartirlos a sesenta y seis vecinos labradores. El 9 de mayo me nombró el regente Espartero ministro de la Gobernación, cesando por renuncia, admitida el 19 del mismo mes. El 9 de julio, salida de Madrid a Carabanchel, para el viaje a Castilla con Ayllón, por Ávila, Valladolid y Segovia. El 24 de dicho julio, re-
puesto en el Ministerio por el Gobierno de la nación, confirmado por la reina, mayor de edad, el 10 de noviembre, hasta el 24 del mismo, que me admitió la renuncia.

1844. — El 10 de diciembre cerca mi casa la Policía a las tres de la madrugada; me prenden y me conducen a Cuenca, con escolta de la Guardia civil.

1845. — El 7 de enero, la Junta de Clases pasivas me declara la cesantía de ministro con 30.000 reales.

1850. — El 3 de agosto, mi primer testa-

mento cerrado con el de Paula, en Barajas.

1855. — El 24 de agosto murió Paula Heredero, mi primera esposa, de resultas del cólera.

1856. — El 25 de febrero, redención del censo de Lobinillas. El 4 de noviembre, Real decreto nombrándome vocal de la Comisión de Estadística general del reino.

1858. — El 24 de febrero, mi testamento cerrado filantrópico, en Madrid, ante Salaya. El 24 de junio, la reina, a propuesta del Jurado de la Exposición Agrícola de 1857, me concede diploma de dos medallas de oro por los trigos, y de bronce por el esparto. El 7 de julio, instalación de la escuela de niños de Barajas.

1859. — El 7 de marzo, mi casamiento con Felisa Matute y Asuero, en San Lorenzo, de Madrid. El 24 de agosto, exhumación de los restos de Paula y bendición de la capilla-panteón del Cerro. El 21 de octubre, testamento con Felisa, ante D. Julián Palomar.

1860. — El 1.º de febrero nace mi hijo Félix en la calle del Clavel, núm. 3, principal, parroquia de San Luis, de Madrid. El 6 de dicho febrero muere su madre Felisa, de sobrepardo, y se entierra en el cementerio de San Nicolás, nicho 194.

1861. — El 21 de abril, Real decreto nombrándome director de operaciones censales en la Junta de Estadística, que no acepté, a pesar de que tenía 20.000 reales de gratificación. El 13 de septiembre, mi último testamento ante D. Julián Palomar, de Leganiel.

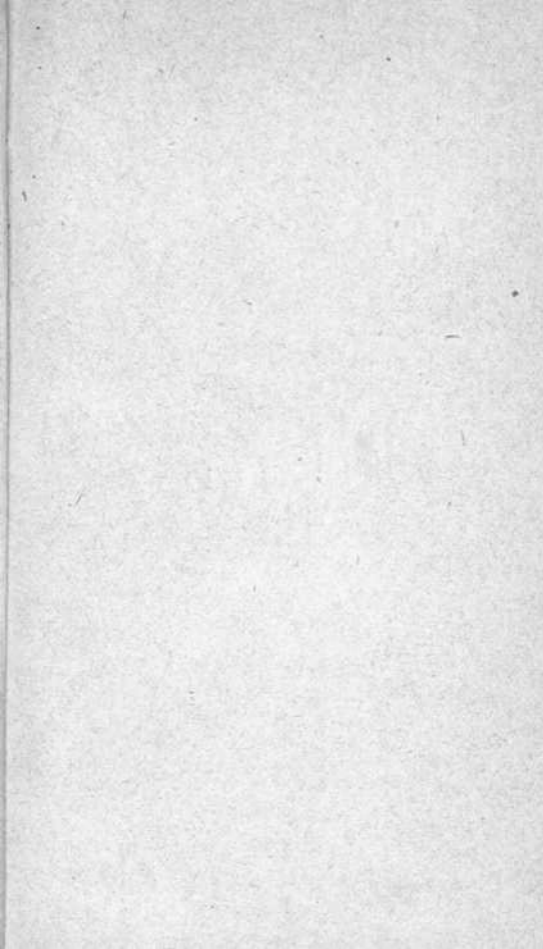
1862. — El 27 de octubre, instalación de la escuela de niñas de Barajas, con notable concurrencia.

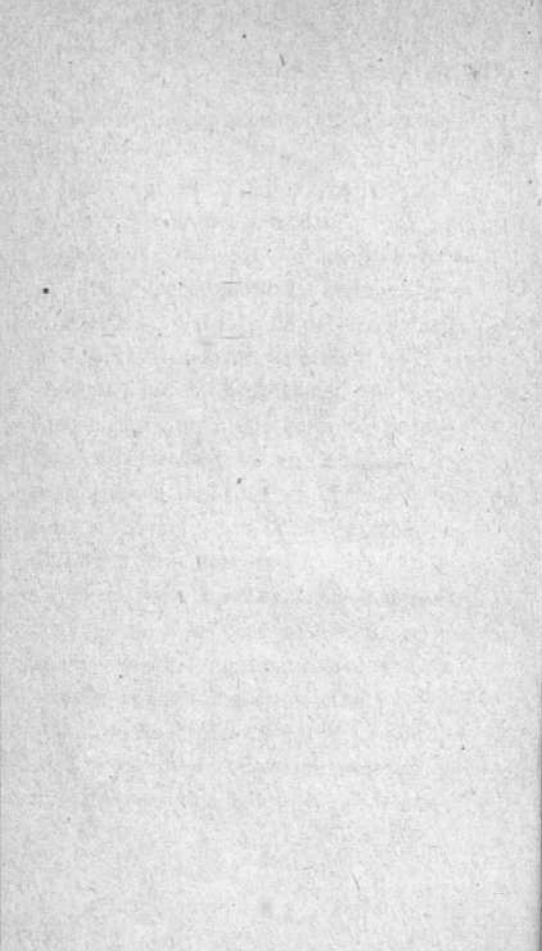
1863. — El 19 de junio me concede la Academia de Ciencias Morales y Políticas el premio ofrecido en su programa a la Memoria sobre «Población rural». El 17 de abril, el ingeniero de la provincia, Sierra, acaba el estudio de la carretera de Pastrana a Tarancón por Barajas. El 8 de

noviembre, nombramiento de senador del reino.

1869. — El 16 de febrero, a las ocho y media de la noche, puedo decir que nací segunda vez y me salvé de milagro. Atropellóme un coche particular al atravesar en la Puerta del Sol la calle del Arenal desde la Administración del ferrocarril del Norte al semicírculo entre el Arenal y la Mayor. Me derribó y pisó un caballo, me pasó por encima la rueda delantera e hicieron mis pies tarabilla en los rayos de la de atrás; pero me levanté incólume y asistí a la sesión de la Academia de Ciencias Morales, sin hacer cosa alguna, ni que conocieran novedad en mí los compañeros. En más de un mes no dije lo que me había ocurrido a persona alguna, ni aun a Asuero.

1872. — El 29 de julio, por la mañana, sentí un vahido de cabeza, primera vez que en la mía se sintió, aunque fué pasajero.







E.102

316



REAL IUSTITIA
UNIVERSARIA

173